

HUESO TRABAJADO. ADORNOS Y ARTE MOBILIARIO EN LA PREHISTORIA PALEOLÍTICA VASCA

Jesús Altuna · Koro Mariezkurrena



EUSKO JAURLARITZA

KULTURA ETA HIZKUNTZA
POLITIKA SAILA



GOBIERNO VASCO

DEPARTAMENTO DE CULTURA Y
POLÍTICA LINGÜÍSTICA

HUESO TRABAJADO. ADORNOS Y ARTE MOBILIARIO EN LA PREHISTORIA PALEOLÍTICA VASCA

Jesús Altuna · Koro Mariezkurrena



Un registro bibliográfico de esta obra puede consultarse en el catálogo de la red
Bibliotekak del Gobierno Vasco: <http://www.bibliotekak.euskadi.net/WebOpac>

Edición:
1., enero 2018

© Euskal Autonomia Erkidegoko Administrazioa.
Kultura eta Hizkuntza Politika Saila
Administración de la Comunidad Autónoma del País Vasco.
Departamento de Cultura y Política Lingüística

www.euskadi.eus

Edita:
Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia
Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco
Donostia-San Sebastián, 1.01010 Vitoria-Gasteiz

Imagen de portada:
Recorte de ave de Ekain en costilla de bovino
Arpón de Aitzbitarte IV
Colgante de Urtiaga en Turrilleta

Autores:
Jesús Altuna y Koro Mariezkurrena
Arkaioi ikerketak
Mendigain 30, 6 C
20014 Donostia-San Sebastián

Traducción:
LUMA, Hizkuntza Zerbitzuak

Maquetación:
Miren Unzurrunzaga Schmitz

Introducción	5
EL HUESO Y EL CUERNO	7
LA INDUSTRIA ÓSEA DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR INICIAL	12
PALEOLÍTICO SUPERIOR AVANZADO	13
• Agujas	16
• Azagayas	19
• Propulsores	25
• Arpones	26
• Puntas, punzones y estiletes	29
• Varillas	36
• Bastones perforados	39
Colgantes	42
Arte mobiliar figurativo	52
• El hueso de Torre (Oiartzun)	53
• La placa de Ekain (Deba)	58
• El recorte de ave de Ekain (Deba)	62
• Otras piezas de arte mobiliar	65
Otras manifestaciones artísticas	73
BIBLIOGRAFÍA	75

Introducción

Tito Lucrecio, el autor romano que vivió el siglo I antes de Cristo presenta en su poema “*De rerum natura*” los siguientes versos:

*Arma antiqua manus, unges dentesque fuerunt
et lapides, et item sylvarum fragmina rami*

es decir, que: “las armas antiguas fueron las manos, las uñas, los dientes, y las piedras y también las ramas de los árboles”.

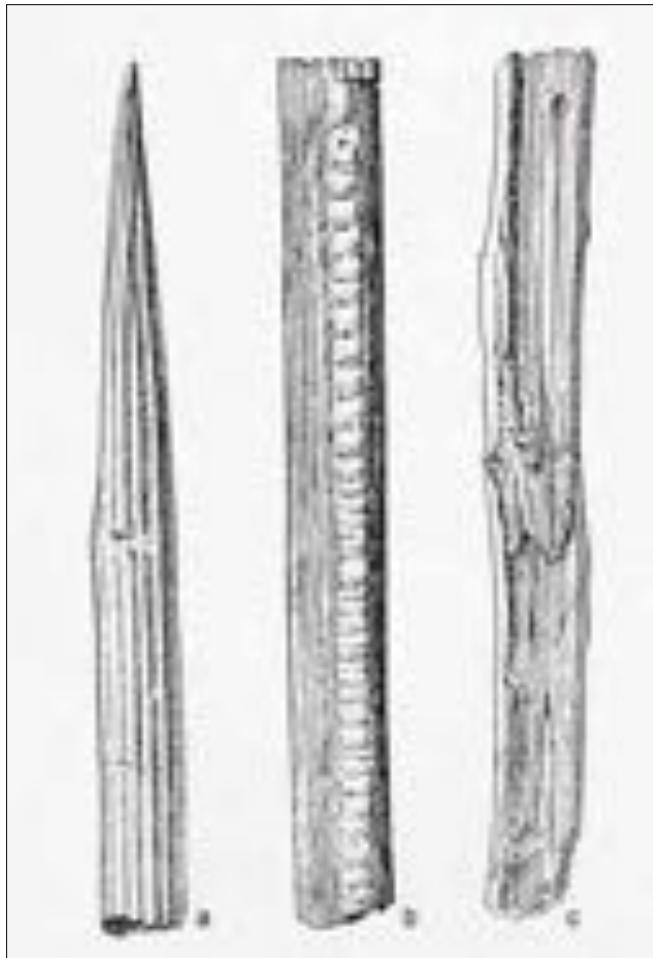


Fig. 1. Lanza de madera de tejo de Lehringen. (según Jakob-Friesen en Bosinski, 1985).
a. extremo distal aguzado y endurecido por el fuego.
b. zona intermedia.
c. extremo proximal de la lanza.



Fig. 2. Recreación de preneandertalianos con ramas en sus manos. (Según F. Wendler en E. Probst, 1999).

En efecto, independientemente de los órganos propios, las piedras y las ramas, especialmente aquéllas, quedan plenamente atestiguadas por la investigación prehistórica desde el nacimiento de esta Ciencia el s. XVIII.

La pervivencia de las piedras, en especial el sílex, en el que pronto vieron trazas de haber sido tallado para su mejor uso, fue ya perfectamente reconocido durante el siglo mencionado por autores de la época tales como el farmacéutico Mr. Conyers y los anticuarios J. Bagford y J. Frere, ya antes de Boucher de Perthes, quien en el s. XIX viene a ser uno de los fundadores de la Prehistoria con su célebre obra “*Antiquités celtiques et antédiluvien*nes” publicada en 1846.

Más escasas son las ramas, dado que su naturaleza es mucho más frágil y por tanto también su pervivencia. Se conocen sin embargo instrumentos fabricados en esa perecedera materia tales como la lanza de madera de tejo de Lehringen (Verden a. d. Aller, Alemania), de más de 2 metros de longitud, con su extremo aguzado y endurecido mediante el fuego, hallada junto a restos de elefante antiguo (Bosinski & Evers, 1979) y perteneciente al ser humano de Neandertal (200.000 – 35.000 años) (fig. 1).

Es por ello acertado que el dibujante F. Wendler, que tantas escenas de vida prehistórica ha ilustrado en la magnífica obra de E. Probst (1999), haya representado a humanos primitivos preneandertalianos con fragmentos de ramas en sus manos (fig. 2). Claro está

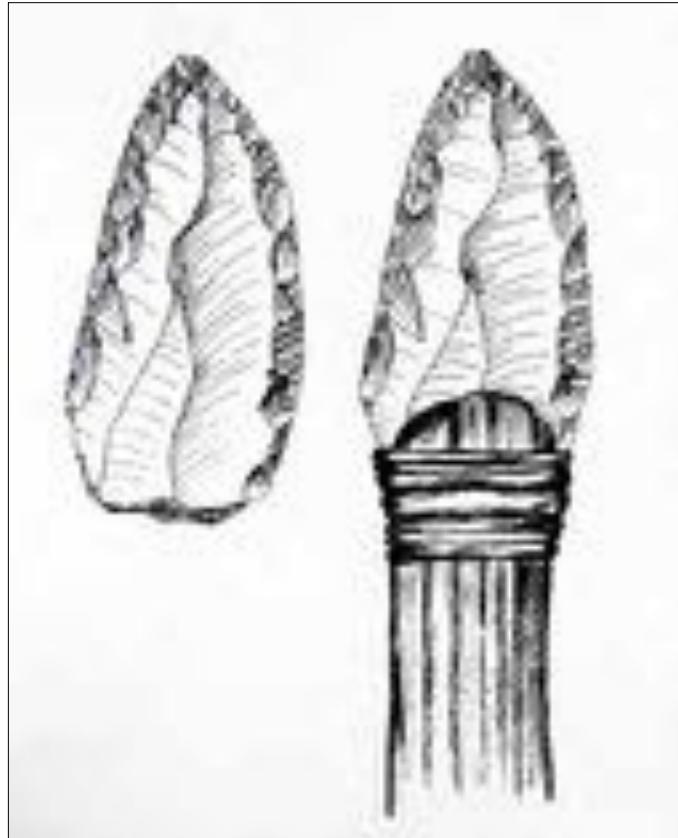


Fig. 3. Pieza de sílex (punta musteriense) de neandertales enmangada en un extremo de vara de madera. (Bosinski y Evers, 1979).

que muchas de las piezas de sílex utilizadas en la caza iban en el extremo de varas de madera, para aumentar la eficacia de la penetración en la presa (fig. 3).

Antes de seguir adelante, presentamos un cuadro muy resumido de los tiempos prehistóricos a fin de que el lector sitúe mejor los períodos que iremos citando en el texto (gráfico 1). Estos períodos se crearon a partir de las condiciones climáticas por un lado (glaciaciones e interglaciares) y por las culturas que en ellos se detectan. Estas culturas vienen definidas mediante los restos materiales que en ellas se obtienen. Estos materiales son los instrumentos, en piedra y en hueso, los adornos, las manifestaciones artísticas etc.

Divisiones principales del Pleistoceno Medio y Superior y Holoceno

Divisiones geológicas	Divisiones culturales			Clima	Años BP* aproxim.		
Holoceno	Neolítico			Postglaciar	11.000		
	Mesolítico						
	Epipaleolítico		Aziliense				
	Superior	Paleolítico	Superior				
	Medio	Medio	Musteriense (Neandertales)	Última Glaciación Würm	17.000 22.000 30.000 38.000		
Pleistoceno	Medio	Inferior	Acheulense (Preneandertales)	Interglaciado Riss	130.000 180.000 240.000 300.000		

Gráfico 1. Los números indican fechas aproximadas del comienzo del evento que indican. Así, el postglaciar comienza hace unos 11.000 años.

EL HUESO Y EL CUERNO

El material óseo y el cárneo es mucho más resistente que la madera y de estas materias tenemos una amplia representación a lo largo de toda la prehistoria, si bien su punto álgido es el Paleolítico Superior (40.000 – 10.000 años).

En gran medida estos materiales, hueso y cuerno, provenían bien de los animales cazados para su alimentación (carne, grasa, médula ósea etc.), bien de cadáveres de los mismos hallados en el campo o de cuernas de desmogue, como veremos más abajo. Por otro lado eran utilizados también las pieles para la confección de vestimentas y tiendas y los tendones, una vez trabajados, para la obtención de ligaduras y cuerdas o hilos.

Hemos dicho que el punto álgido de los útiles en cuerno y hueso es el Paleolítico Superior. Sin embargo conocemos ejemplos de utensilios anteriores, desde el Paleolítico Inferior, y más frecuentes desde el Paleolítico Medio, tales como algunos pertenecientes al hombre de Neandertal (fig. 4) (Bosinski 1985) y dentro de Gipuzkoa en la cueva de Lezetxiki (fig. 5) (Baldeón, 1993). Se trata de esquirlas de huesos largos de grandes bóvidos, probablemente bisonte, tallados en sus bordes. La pieza indicada con el número 4 de la figura 5 pertenece al nivel VI del yacimiento, por tanto a neandertalianos. Está tallada a la manera como se tallan en los sílex las raederas convexas. Las piezas 1 a 3 son de la base del nivel III. Aparecieron en el mismo nivel que dos piezas dentarias neandertalianas (Barandiaran & Altuna, 1967) (Basabe, 1970), pero la industria del nivel indica una transición entre el mundo musteriano y el Paleolítico Superior. Hay otras piezas óseas talladas del mismo ni-

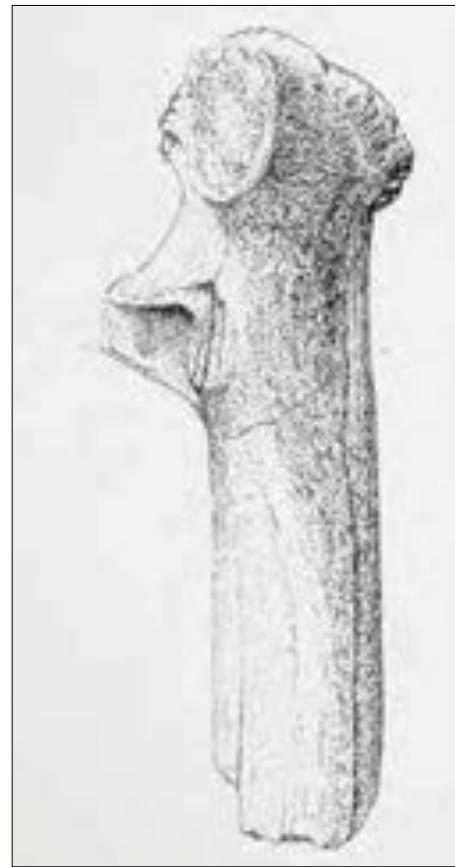


Fig. 4. Instrumento a modo de martillo en base de cornamenta de ciervo. Ariendorf (Rin Medio). Según Turner en Bosinski (1985).

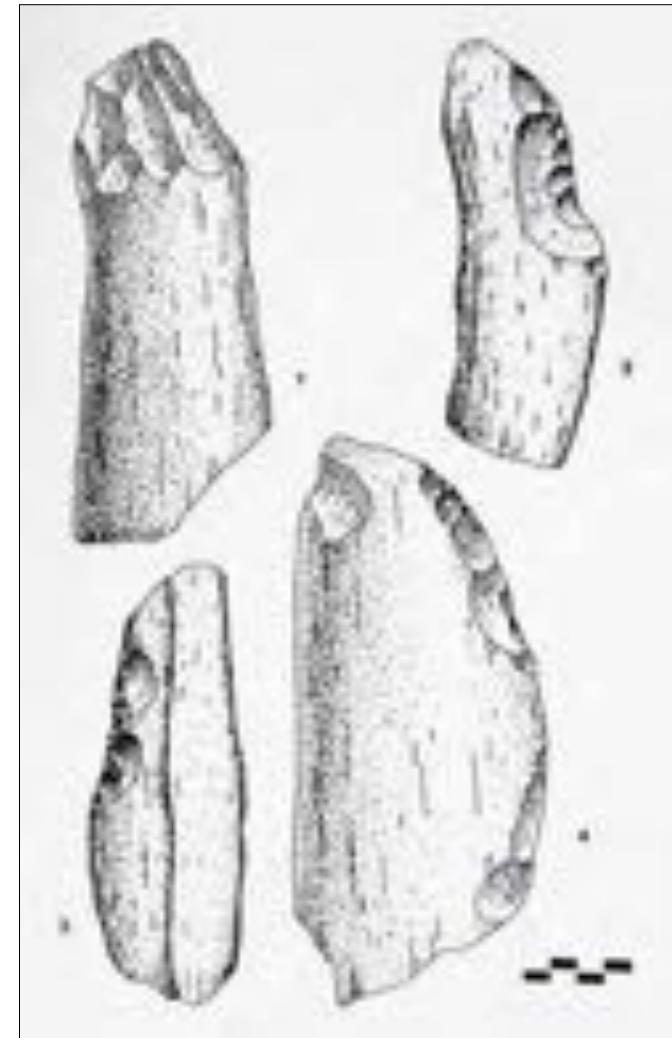


Fig. 5. Piezas de diáfisis de hueso largo de gran bóvido talladas, de los niveles III (1, 2 y 3) y VI (4) de Lezetxiki (Arrasate), según A. Baldeón, 1993.

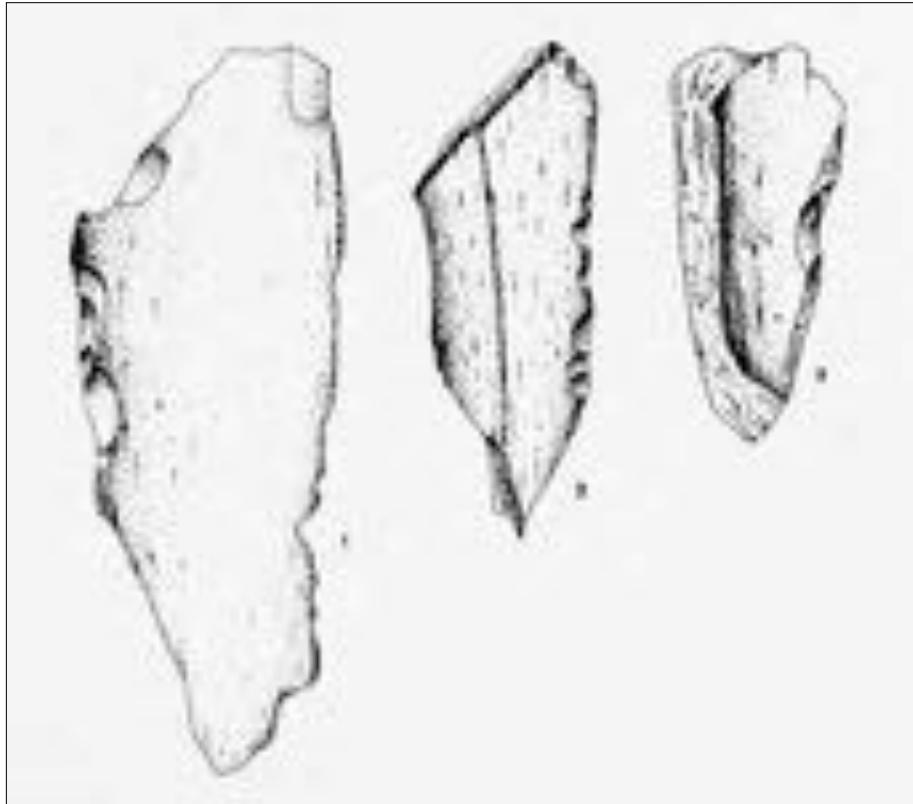


Fig. 6. Piezas de hueso talladas, análogas a las de la figura anterior, del nivel III de Lezetxiki (Arrasate), según A. Baldeón, 1993.

vel III (fig. 6) (Baldeón, 1993). Se trata también de diáfisis de huesos largos de grandes bóvidos. En la pieza 1 de la figura 6 se observa que se ha tallado el borde y el extremo, este último a modo de buril. La 2 lleva una talla lateral a modo de raedera recta y la 3 una escotadura inversa, que se aprecia bien desde la cara medular del hueso. En todo caso esta modificación del hueso para su uso es frecuente en el Paleolítico Medio.

Para ello, lo mismo que posteriormente en el Paleolítico Superior, se utilizan cuernos y huesos.

El cuerno lo podían utilizar a partir del animal cazado y también a partir de cuernos de desmogue de cérvidos (megáceros, ciervo, reno, corzo), que anualmente pierden la cornamenta para desarrollar al año siguiente una nueva. La fig. 7 muestra un ciervo con su cornamenta en el parque de Pagoeta y la 8 un reno en la taiga del Norte de Suecia. Estas especies caza-



Fig. 7. Ciervo de Pagoeta (Aia).



Fig. 8. Reno en Arvidsjaur (Suecia).



Fig. 9. Cuerna de desmogue de ciervo en un pequeño raso del bosque de Erregenea (Navarra).



Fig. 10. Cuerna de desmogue de reno de tundra en el Hardangervidda (Noruega).

das por los prehistóricos ofrecían además de carne para su manutención, huesos y cuernos para la fabricación de instrumentos diversos (Altuna & Mariékurrena, 2016).

Hoy en día en los meses de marzo y abril en que los ciervos pierden las cuernas, es fácil encontrar ejemplares de tales cuernas en las zonas donde abundan los ciervos, como puede ser el bosque de Erregenea en Navarra. La fig. 9 presenta una de estas cuernas de desmogue en un pequeño raso del citado bosque. Las figs. 10 y 11 muestran cuernas de demogue de reno en la tundra del Hardangervidda de Noruega y en la taiga próxima a Arvidsjaur en el Norte de Suecia.

En la Europa Occidental norpirenaica el reno era el animal preferido para la obtención de tal materia prima, ya que era mucho más abundante que el ciervo. En cambio en el País Vasco peninsular el ciervo abundaba mucho más y la materia cónica más extendida en la fabricación de útiles era con frecuencia la del ciervo.



Fig. 11. Cuerna de desmogue de reno de taiga en Arvidsjaur (N de Suecia).



Fig. 12. Incisiones en una costilla de gran bóvido (bisonte o uro) en el procesamiento del esqueleto. Gravetiense de Aitzbitarte III (Erreteria).

Por otro lado no hay duda de que el estuche córneo de los bóvidos, bien grandes como el bisonte y el uro o bien menores como la cabra montés y el sarrio, que eran en ocasiones objeto de intensa caza (Altuna, 1990), serviría para la confección de útiles, como ha servido hasta hace poco tiempo. Piénsese en nuestro instrumento musical la alboca o en la coladra, aceitera utilizada en la Mancha. Pero estas materias son orgánicas y se descomponen con el tiempo, por lo que no persisten en los yacimientos.

Los huesos procedían preferentemente de los Ungulados cazados. Se conoce perfectamente el desollado y descuartizado del animal, mediante las huellas que quedan en determinadas zonas de determinados huesos (figs. 12 y 13). También se conoce bien la fracturación¹ de éstos para la obtención del

¹ Denominamos "fracturación", tal como se utiliza en Arqueozoología, a la rotura intencional del hueso, por parte del ser humano, para distinguirla de la "fragmentación" ocasional debida a los avatares del yacimiento, tales como pisoteo etc.



Fig. 13. Incisiones cortas y profundas en el extremo distal de un metapodio de gran bóvido, al desarticularlo de las falanges primeras. Gravetiense de Aitzbitarte III, (Erreteria).



Fig. 14. Húmero de corzo fracturado para obtención de su médula y eventual materia prima para la fabricación de instrumental de hueso. Gravetiense de Aitzbitarte III, (Erreteria).

contenido medular. De esta fracturación procedían esquirlas y lascas óseas como las que hemos visto en los ejemplos de Lezetxiki (figs. 5 y 6). En las figs. 14 a 16 mostramos casos de esta fracturación, procedentes del yacimiento de Aitzbitarte III (Erreteria), en el que entre otras culturas, se desarrolló espléndidamente el período Gravetiense (Altuna *et al.*, 2016). Aunque estos restos pertenezcan al Paleolítico superior, las pautas de fracturación de las diáfisis de los huesos largos eran semejantes a las del Musteriense final y transición entre éste y el Paleolítico superior.

La fig. 14 muestra un húmero de corzo, del que se obtienen esquirlas pequeñas, pero bien afiladas, debido a la delgadez de los huesos de este pequeño cérvido. Las figuras 15a y 15b pertenecen a un metatarso de ciervo



Fig. 15a y 15b. Parte exterior (15a) y parte medular (15b) de un metatarso de ciervo del Gravetiense del yacimiento de Aitzbitarte III (Erreenteria).



partido longitudinalmente según un plano frontal. Esta fracturación deja dos largas esquirlas, materia prima excelente para ulterior fabricación de útiles. Las 16a y 16b representan un fémur de gran bóvido (uro o bisonte) cuya diáfisis ha sido fracturada en lascas. Análogas a éstas últimas son las indicadas más arriba al hablar de útiles en hueso en Leztxiki.

Pero es menester llegar a fases más avanzadas del Paleolítico Superior, al mundo del hombre de Cromagnon, para encontrarnos con una industria sobre hueso y sobre cuerno muy desarrollada y variada. Puede decirse, respecto al mundo precedente, que revolucionaria.

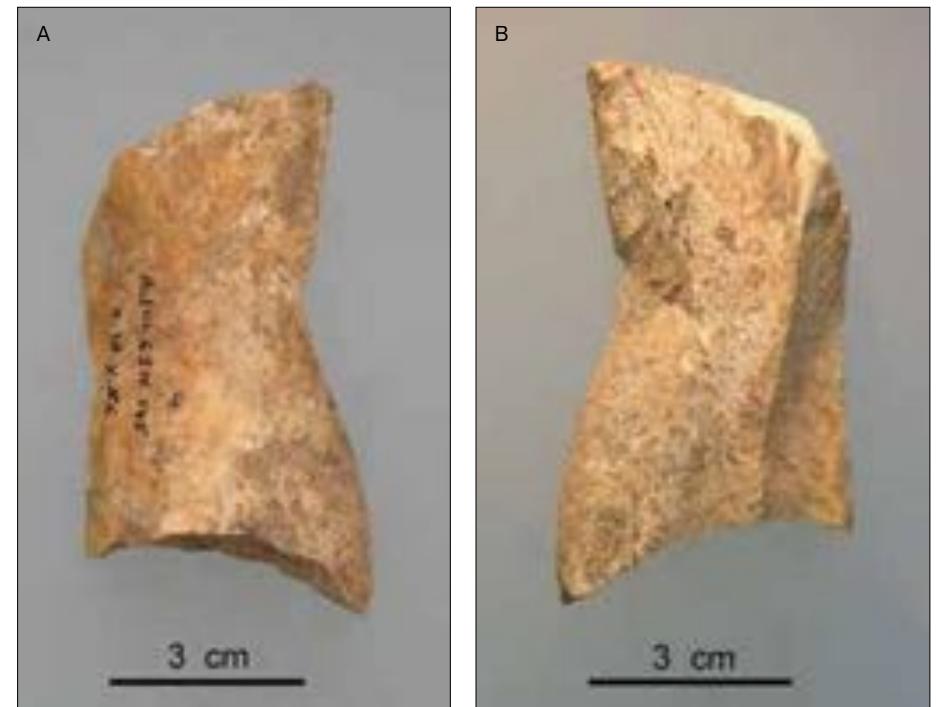


Fig. 16a y 16b. Parte exterior (16a) y parte medular (16b) de un fémur de gran bóvido (bisonte o uro) del Gravetiense del yacimiento de Aitzbitarte III (Erreenteria).

LA INDUSTRIA ÓSEA DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR INICIAL

Esta época, que supone un salto grande en muchos aspectos respecto al mundo neandertaliano que le precede, se caracteriza también, como acabamos de decir, por un gran desarrollo de la industria del hueso y cuerno. Desgraciadamente hueso y cuerno son menos resistentes que el sílex u otras materias líticas, frente al paso del tiempo y frente a los avatares de los yacimientos, por lo que muchas de las piezas de estas materias se conservan en estado de fragmentación. El estado de otras nos indica que muchas, indudablemente, no han llegado hasta nosotros. De todas formas hay ejemplares que se han conservado extraordinariamente bien y nos pueden mostrar esa revolución que hemos comentado más arriba.

Este instrumental en hueso y cuerno consiste fundamentalmente en azagayas o armaduras de venablos, agujas, varillas, arpones, bastones perforados, propulsores etc. La mayor parte eran utilizados en la caza, pero algunos útiles lo eran en tareas domésticas, como iremos viendo en cada caso. Más abajo veremos que para el adorno se utilizaban preferentemente los dientes, las conchas y con menos frecuencia piedras tales como cantos rodados.

El material más utilizado en los útiles es el cuerno de los cérvidos. Se observa que este tipo de industria es más rico en los yacimientos de Aquitania que en los nuestros. Ello puede ser debido a que allí la materia prima de cuerno era mucho más abundante. En efecto, la economía de estas épocas en Aquitania se basaba en buena medida sobre la caza del reno (Altuna, 1979) mientras que entre nosotros se basaba sobre la del ciervo y la cabra montés. Ahora bien, mientras en el reno tanto el macho como la hembra poseen cornamenta, en el ciervo la hembra no la lleva. Además, los rebaños de renos son mucho más numerosos en las grandes llanuras norpirenaicas, que los de ciervo en nuestra región. Es decir, que la materia prima procedente de economías basadas en la caza del reno, era mucho más abundante que la procedente de economías basadas en la del ciervo y la cabra montés.

Comenzaremos por mostrar algunos de los utensilios de hueso más antiguos del Paleolítico Superior del País Vasco, en especial de Gipuzkoa, para resumir después la gran cantidad de útiles existentes en los tramos finales del mismo, en especial en el Magdaleniense. No se trata aquí de dar un catálogo de los mismos. No es ese el cometido de este libro. Se trata más bien de mostrar algunos ejemplos de cada tipo de instrumento.

Es la cueva de Labeko Koba en Arrasate (Arrizabalaga & Altuna, 2000) la que ha proporcionado útiles de hueso más antiguos, dentro del Paleolítico Superior guipuzcoano. Su

nivel IX, además de fragmentos de diáfisis de huesos largos con retoques, análogos a los que hemos señalado más arriba en Lezetxiki, ha proporcionado también un fragmento distal de azagaya (fig. 17). La pieza se encontraba en una situación intermedia entre las piezas líticas del Chatelperroniense y las del Protoauriñaciense.

Dentro del nivel VII (Protoauriñaciense) de la misma cueva aparecieron, entre otros utensilios óseos, dos punzones (fig. 18). Uno de ellos está realizado sobre una esquirla de diáfisis de hueso largo (fig. 18, a). El otro lo está sobre un fragmento de costilla (18, b).



Fig. 17. Fragmento distal de azagaya del nivel IX de Labeko Koba (Arrasate).



Fig. 18. Dos punzones del nivel VII (Protoauriñaciense) de Labeko Koba. El a) está realizado sobre una esquirla de diáfisis de hueso largo. El b) sobre un fragmento de costilla.



Fig. 19a. Azagaya de base hendida del nivel V (Auriñaciense antiguo) de Labeko Koba (Arrasate).

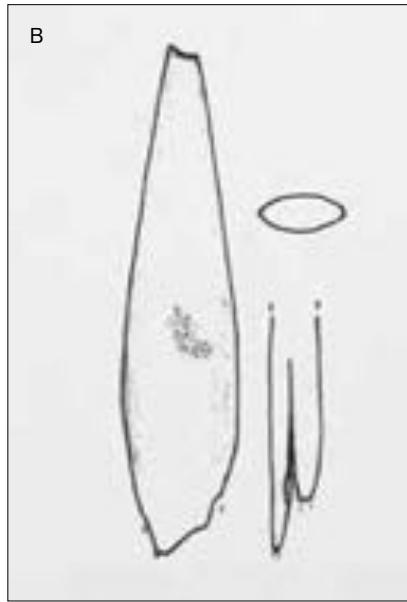


Fig. 19b. Dibujo de la pieza anterior, que muestra la hendidura a la derecha del dibujo frontal. (Según J. Mujika, 2000).



Fig. 20. Fragmento de azagaya del nivel IV (Auriñaciense antiguo) de Labeko Koba (Arrasate).

Aunque más abajo dedicaremos un apartado a tratar de las azagayas, tratando también de su función y obtención, queremos indicar aquí que en el nivel V del mismo yacimiento de Labeko Koba, correspondiente al Auriñaciense antiguo, apareció una azagaya de base hendida (figs. 19a y 19b). Estas azagayas de base hendida son típicas del período Auriñaciense.

Queremos por fin citar otra pieza del nivel IV (Auriñaciense antiguo) del mismo yacimiento de Labeko Koba consistente en un fragmento de azagaya hecha a partir de cuerno (fig. 20).

Dentro del Paleolítico superior avanzado trataremos de los colgantes de adorno, pero queremos indicar aquí que tales colgantes, especialmente en conchas marinas, están presentes desde el Auriñaciense.

PALEOLÍTICO SUPERIOR AVANZADO

En los yacimientos Gravetienses de Gipuzkoa aumenta la industria de hueso respecto a las épocas anteriores. Son notorias algunas piezas típicas de esta época, tales como las puntas o azagayas isturitzenses (figs. 21a y 21b, 22 y 23) aparecidas en la zona profunda de la cueva de Aitzbitarte III (Ríos Núñez, 2016) y en la cueva de Usategi (Ataun) (Ba-



Fig. 21a. Punta o azagaya isturitzense del Gravetiense de Aitzbitarte II (Errenerteria).

Fig. 21b. La misma azagaya vista de perfil.



Fig. 22. Fragmento de punta o azagaya isturitzense del nivel VI de la zona profunda de Aitzbitarte III (Errenerteria).



Fig. 23. Fragmento de punta o azagaya isturitzense del nivel VI de la zona profunda de Aitzbitarte III (Errenerteria).



Fig. 24. Punta o azagaya isturitzense del nivel Gravetiense de Usategi (Ataun).

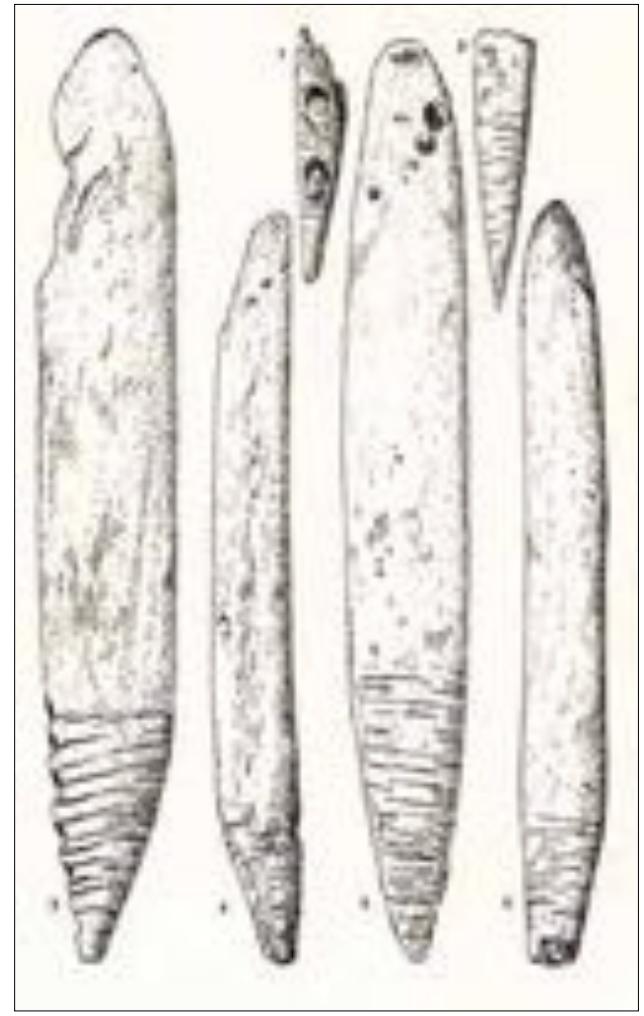


Fig. 25. Dibujos de azagayas de la cueva de Isturitz (Baja Navarra), según Saint-Périer.

randiaran, J. M. 1977) (fig. 24). Se denominan así por haber aparecido un conjunto muy numeroso de ellas en Isturitz (Baja Navarra).

La azagaya representada en las figs. 21a y 21b apareció en realidad en la cueva de Aitzbitarte II, estrecho y largo covacho no habitable, que tiene en su zona profunda un yacimiento secundario proveniente de la zona profunda de la cueva Aitzbitarte III. Es esta última la que ha proporcionado un yacimiento con niveles Gravetienses muy importantes, excavados recientemente por nosotros (Altuna et al. 2016) y de donde se ha deslizado una parte del sedimento hacia la cueva de Aitzbitarte II.

Estas azagayas suelen ser de tamaño mayor que las azagayas más comunes y suelen llevar en su cara dorsal una serie de líneas incisas transversas, subparalelas, tal como se aprecia en las distintas figuras expuestas. Estas líneas se dan también en los lados de la azagaya tal como se ve en la fig. 21b. En la fig. 25 mostramos dibujos de azagayas de Isturitz (Baja Navarra), según Saint Périer (1952).



Fig. 26a. Alisador-espátula de base biselada en costilla de gran bóvido de Aitzbitarte II (Errenerteria).

Fig. 26b. Detalle de la base biselada del alisador-espátula de la figura anterior.



Fig. 27a. Una de las caras del bisel doble de azagaya de Aitzbitarte II (Errenerteria).

Fig. 27b. La otra cara del bisel doble de la azagaya anterior.

En la misma cueva de Aitzbitarte II, en la que apareció la azagaya mejor conservada hallada hasta el presente en el País Vasco meridional, aparecieron también otras piezas, provenientes asimismo de la zona profunda de la cueva III, entre las que destacan un alisador-espátula de base biselada, reconstruida a partir de ocho fragmentos y realizada en un fragmento de costilla de gran bóvido (fig. 26a y 26b). En esta última figura se observa cómo su extremo ha sido también trabajado.

En el mismo lugar apareció también una azagaya de la que se conserva su bisel doble. En una de las caras de este bisel se observan las estrías técnicas características. En el otro hay estrías menos marcadas (fig. 27a y 27b).

DESARROLLO DE LA INDUSTRIA ÓSEA

En las épocas posteriores a las descritas, se desarrolla notablemente la industria ósea diversificándose y dando tipos distintos bien caracterizados, tales como agujas, azagayas, propulsores, arpones, varillas, bastones perforados etc. Veamos a continuación estos tipos, así como otra serie de objetos, tales como adornos personales, colgantes, que ya no se limitan a la materia ósea sino que utilizan también conchas y materias inorgánicas.



Fig. 28. Agujas del Magdalenense Medio de Erralla (Zestoa). Sólo una conserva el orificio de enhebrar. En las otras, que conservan mejor su extremo distal, se ve que la rotura está precisamente a la altura de tal orificio.

Agujas

Tenemos que llegar al Solutrense para encontrarnos por vez primera con nuevos instrumentos de hueso: verdaderas agujas de coser, con su orificio de enhebrar, por el que pasaba un hilo hecho de fibra vegetal o tendones previamente secados y "deshilachados". Estas piezas persisten durante el Magdalenense. Las figuras 28 a 32 nos muestran bellos ejemplos de agujas procedentes de distintos yacimientos guipuzcoanos y uno bizkaino. La 28 recoge algunos ejemplares del Magdalenense de Erralla (Zestoa) (Atuna y Mariezkurrena 1985). Un punto muy frágil de las mismas es la zona del orificio de enhebrar, por lo que muchas están rotas en esa parte. Se advierte sin embargo en estas fragmentadas a la altura de él, la curvatura de tal orificio. En otras se rompe el extremo distal, que es también muy frágil.



Fig. 29. Aguja del Magdalenense de Ermittia (Deba) vista por dos lados.



Fig. 30. Dos agujas del Magdalenense de Urtiaga (Deba). A la central le falta su extremo proximal. La otra está vista desde dos posiciones.



Fig. 31. Agujas de la escombrera de Urtiaga (Deba).



Fig. 32. Aguja, rota y recomposta, del yacimiento del Polvorín en Karrantza.

Las restantes (figs. 29 a 32) pertenecen a los yacimientos de Ermittia (T. de Aranzadi & J. M. de Barandiaran, 1928) y Urtiaga (J. M. Barandiaran, 1947) ambos en Deba y al del Polvorín en Karrantza.

La fabricación de estas agujas se realizaba a partir de una esquirla ósea fina o un fragmento previamente obtenido de un cuerno de cérvido. Son más frecuentes las procedentes de fragmentos de hueso que de cuero. Estos fragmentos eran desgastados de diversas maneras, siendo una de ellas mediante la utilización de una piedra áspera tal como se muestra en las figs. 33 y 34.



Fig. 33. Forma de aguzamiento de las agujas sobre una piedra áspera (Museum für Ur- und Frühgeschichte de Weimar), Alemania.



Fig. 34. Forma de aguzamiento de las agujas sobre piedra pómex (Musée d'Archéologie Nationale de Saint-Germain-en- Laye), París.



Fig. 35. Perforador de sílex con el que se practicaba en la aguja el orificio de enhebrar (Musée prehistorique d'Aven d'Orgnac, Ardèche), Francia.



Fig. 37. Cosido de una piel mediante una aguja prehistórica (Museum für Ur- und Frühgeschichte de Weimar), Alemania.



Fig. 36. Agujas prehistóricas enhebradas con fibras vegetales (Musée d'Archéologie Nationale de Saint-Germain-en- Laye), Francia.

El orificio de enhebrar se practicaba mediante un perforador de sílex (fig. 35). Para coser se empleaban fibras vegetales, tal como se ve en las figs. 36 y 37.

Las agujas servían, entre otras cosas, para confeccionar vestimentas a partir de pieles, previamente tratadas para transformarlas en cuero y recortadas posteriormente en la forma más adecuada, para ser cosidas después. También para obtener tiendas a partir de las mismas pieles, así como para obtención de recipientes.

Azagayas

Otra de las piezas, que hemos citado ya anteriormente y que se extiende por todo el Paleolítico Superior es la azagaya. Esta pieza armaba el extremo de una vara larga de rama y así podía penetrar mejor en el cuerpo de los animales a cazar.

En esta pieza la utilización del cuerno de los cérvidos es más frecuente que en el caso de las agujas. Las figuras 38 a 40, de los niveles Magdalenienses de los yacimientos de Erralla y Urtiaga muestran matrices de cuernas de ciervo para esta extracción de material y la ulterior fabricación de útiles tales como azagayas u otros.



Fig. 38. Vara de cuerno de ciervo aserrada longitudinalmente (matriz) para la ulterior obtención de material. Magdaleniense de Erralla (Zestoa).



Fig. 39. Cuatro vistas del mismo fragmento de cuerna de ciervo con surcos de obtención de material para su posterior fabricación de útiles. Magdaleniense de Urtiaga (Deba).



Fig. 40. Candil de cuernas de ciervo del que se ha obtenido material para su ulterior elaboración. Magdaleniense de Urtiaga, (Deba).



Fig. 41. Forma de obtener material de un cuerno de reno, mediante un útil de sílex. (Museum für Ur- und Frühgeschichte de Weimar), Alemania.

Las figuras 41 y 42 muestran la manera de actuación sobre un cuerno de reno mediante un útil de sílex, que puede ser un buril.

Las azagayas, tal como hemos dicho, constitúan armas arrojadizas a modo de lanzas, que situadas en el extremo de una vara servían en la caza de los Ungulados de los que se mantenían especialmente, como fuente de alimentación de origen animal. De estas armas se ha perdido, por descomposición, la vara de madera y se conserva su extremo de hueso o cuerno, que era el que penetraba en el animal. Ya hemos visto anteriormente un ejemplo de punta azagaya típica del Auriñaciense, de base hendida, en la figura 19.

El enmangamiento se hacía precisamente por la parte del bisel que en su base poseían. Este bisel, como veremos, podía ser simple o doble. Algunas llevan la base hendida, como hemos visto. La figura 43, tomada y simplificada de una lámina existente en una de las

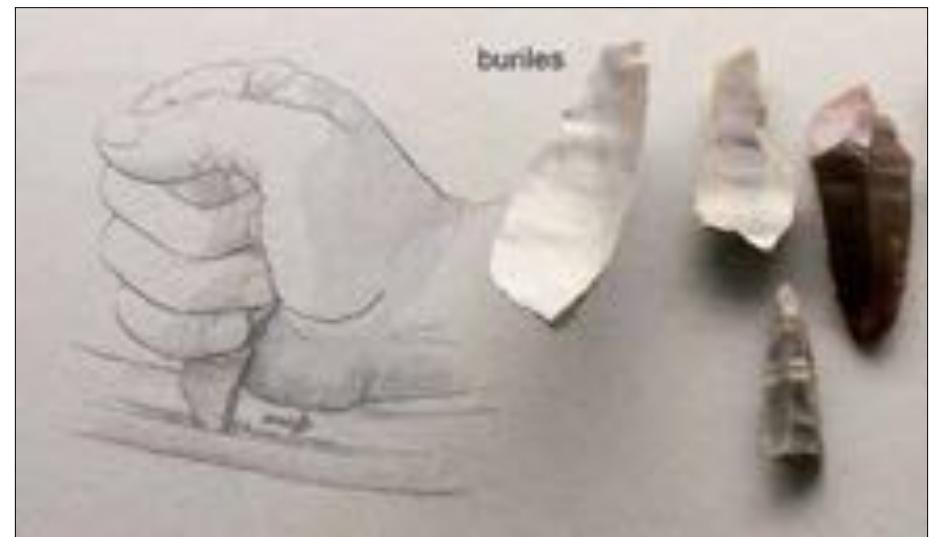


Fig. 42. La misma enseñanza de la figura anterior en el Archäologisches Landesmuseum de Schleswig, Alemania.

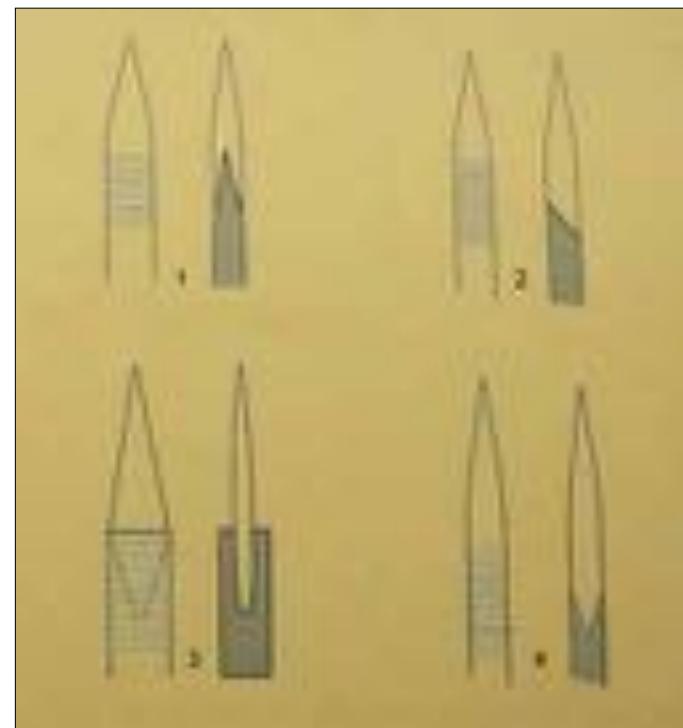


Fig. 43. Formas de enmangamiento de azagayas.
1, azagaya de base hendida.
2, monobiselada.
4, de doble bisel.
(Dibujo simplificado a partir de una lámina de vitrina del Musée d'Archéologie Nationale de Saint-Germain-en-Laye), París.



Fig. 44. Representación de la muerte de un mamut mediante azagayas, después de caer aquel en una trampa (Dibujo de F. Wendler en Probst, 1999).

vitrinas del Musée d'Archaeologie Nationale de St. Germain-en-Laye, ilustra lo que decimos. En la figura 43.1 se ve el enmangamiento de una azagaya de base hendida como la que hemos expuesto en las figuras 18 y 19. En la figura 43.2 se observa el enmangamiento de una azagaya monobiselada y en la 43.4 el de una de doble bisel.

El uso de estas armas arrojadizas o penetrantes lo describe bien F. Wendler (Probst, 1999) en la fig. 44, que muestra la muerte de un mamut mediante ellas, una vez caído el animal en una trampa. No entramos aquí a discutir hasta qué punto mataban mamuts o simplemente aprovechaban sus restos, en especial el marfil, a partir de animales hallados muertos. En todo caso estas armas arrojadizas servían para matar animales menores, como bisontes, uros, ciervos, cabras o sarrios, a la manera como se ve manifiesta en el dibujo expuesto.



Fig. 45. Azagaya monobiselada descubierta en 1892 en Aitzbitarte IV (Erreteria).

Estos extremos de armas eran especialmente frecuentes durante el Magdaleniense. Las figuras 45 a 49, pertenecientes a los yacimientos de Aitzbitarte IV (figs. 45 y 46), Ermittia (fig. 47) y Erralla (fig. 48 y 49) muestran algunas de ellas.

Las figuras 45 y 46 representan dos puntas azagayas completas, también cilíndricas y monobiseladas descubiertas en 1892 por el Conde de Lersundi, a la vez que descubría este yacimiento prehistórico en la colina de Aitzbitarte de Erreteria (J. M. Baradiaran, 1961). Fue, junto con el de Balzola en Dima, el primer yacimiento paleolítico descubierto en el País Vasco.

La figura 47 muestra dos azagayas, también de sección cilíndrica y monobiseladas, por sus lados anverso y reverso, del nivel Magdaleniense del yacimiento de Ermittia (Deba). La primera está rota en su parte distal y solamente muestra el bisel con parte del cuerpo de la pieza. La segunda es corta y el bisel ocupa más de la mitad de la pieza. Ambas azagayas llevan una acanaladura longitudinal en el lado opuesto al bisel.



Fig. 46. Azagaya monobiselada descubierta en 1892 en Aitzbitarte IV (Erreteria).



Fig. 47. Azagayas monobiseladas, del yacimiento de Ermittia (Deba). La primera fraccionada en su parte distal y la segunda entera, con un bisel que ocupa más de la mitad de la pieza.



Fig. 48. Azagaya monobiselada del yacimiento de Erralla (Zestoa).



Fig. 49. Azagaya de sección cuadrada, monobiselada, del mismo yacimiento de Erralla (Zestoa), con decoración de líneas profundas oblicuas en tres de los cuatro lados de la misma.

La figura 48 representa otra azagaya monobiselada, prácticamente completa, perteneciente al Magdaleniense del yacimiento de Erralla en Zestoa.

En este mismo yacimiento de Erralla y en su nivel Magdaleniense Inferior aparecieron una serie de azagayas de tamaño notablemente mayor que las que hemos visto hasta ahora, exceptuadas las isturitzenses. Su sección es cuadrada y están decoradas mediante líneas, bien longitudinales, bien oblicuas. En la fig. 49 presentamos una de ellas, que conserva la parte biselada y una serie de incisiones oblicuas profundas en tres de sus lados. El bisel es corto si se compara con la longitud de la pieza.



Fig. 50. Parte central de azagaya de sección cuadrada de Erralla (Zestoa), decorada en tres de sus caras.

En este mismo yacimiento y nivel aparecieron otras zonas centrales de azagayas grandes decoradas. Veamos un ejemplo de ellas. Se trata, como decimos del cuerpo central de la azagaya a la que faltan los dos extremos, el proximal y el distal (fig. 50). Va decorada de forma compleja. Las cuatro caras de la azagaya corresponden: una a la zona exterior del cuerno de ciervo del que procede; dos, a las zonas laterales de corte del mismo cuerno y la cuarta a la zona esponjosa interna del cuerno. Las dos caras laterales seccionadas (1 y 3 de la figura), presentan una decoración consistente en líneas longitudinales centrales, atravesadas en su zona media por un surco corto y profundo. La cara exterior (4 de la figura) lleva unas aspas de tamaños distintos, entre las que destaca una de ellas, por ser más grande. Por fin la cara interna rugosa (2 de la figura) está raspada mediante líneas múltiples oblicuas, que extirparon la rugosidad natural de esa zona.



Fig. 51. Azagaya monobiselada del yacimiento de Santimamiñe (Kortezubi).



Fig. 52. Azagaya monobiselada del yacimiento de Santimamiñe (Kortezubi).



Fig. 53. Azagaya de doble bisel, del yacimiento de Urtiaga (Deba).



Fig. 54. Azagaya de doble bisel del yacimiento de Urtiaga (Deba).

Por fin queremos representar otras dos azagayas monobiseladas, pertenecientes al yacimiento de Santimamiñe (Kortezubi) (Aranzadi & Barandiaran, 1935) (figs. 51 y 52).

Las azagayas de bisel doble son más escasas entre el instrumental de hueso de nuestros yacimientos. Presentamos aquí 4 ejemplos. Dos de ellas, que aparecieron fragmentadas, pero que pudieron recomponerse en parte, pertenecen al nivel Magdaleniense Superior del yacimiento de Urtiaga (Deba) (figs. 53 y 54). La que mostramos en la figura 54 lleva una serie de aspas en una de sus caras. Otros dos ejemplos



Fig. 55. Azagaya de doble bisel de Santimamiñe, (Kortezubi).

Fig. 56. Azagaya de doble bisel de Santimamiñe, (Kortezubi).

de azagayas de doble bisel aparecen en las figuras 55 y 56 y pertenecen al Magdaleniense del yacimiento de Santimamiñe (Kortezubi).

Las azagayas de base hendida son aún mucho más escasas. Hemos indicado una en el Auriñaciense antiguo de Labeko Koba (figs. 19 a y 19 b). Aquí presentamos otra del yacimiento de Santimamiñe (fig. 57). Lleva una serie de trazos cortos transversales en una de sus caras.



Fig. 57. Azagaya de base hendida de Santimamiñe, (Kortezubi). Lleva una serie de trazos transversales en una de sus caras.

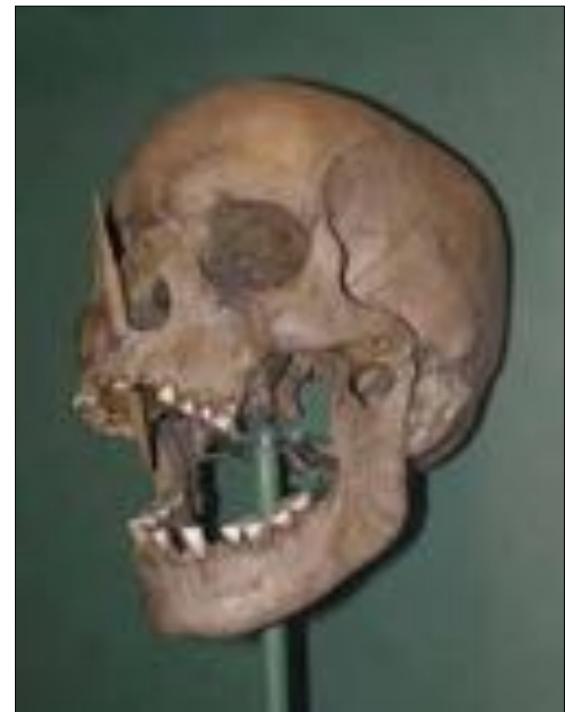


Fig. 58. Cráneo humano prehistórico traspasado por una azagaya (Nationalmuseet, Copenhague).

Las azagayas no solamente actuaban frente a animales. La lucha entre hombres es patrimonio de toda la existencia de nuestra especie. Así lo indica ya el libro de la Biblia en su primer libro, el del Génesis, en la escena en que Cain mata a su hermano Abel. Ambos pertenecen, según el libro citado, a la primera generación humana. Pero lo vemos también en la realidad constatable en una vitrina del Museo Nacional de Copenhague, que nos muestra un cráneo humano prehistórico hallado con una azagaya clavada en su rostro (Fig. 58).

Propulsores

El propulsor viene a ser la primera máquina conocida hasta el presente. Se trata de un instrumento consistente en una vara de cuerno que lleva en un extremo una especie de diente. En este diente puede apoyarse una lanza o jabalina que lleve en su extremo una azagaya. Quien maneja el propulsor impulsa a éste, de forma que la jabalina es lanzada con mucha más fuerza que mediante el brazo sólo. El propulsor potencia el lanzamiento al alargar el brazo de quien lo proyecta (fig. 59). De esta forma la jabalina penetra más fácilmente en la presa y puede ser lanzada mucho más lejos, de forma que el cazador no tiene por qué acercarse tanto al animal cazado. Hoy está extendido en poblaciones indígenas de Australia, Nueva Guinea y América, que lo usan sus prácticas de caza.

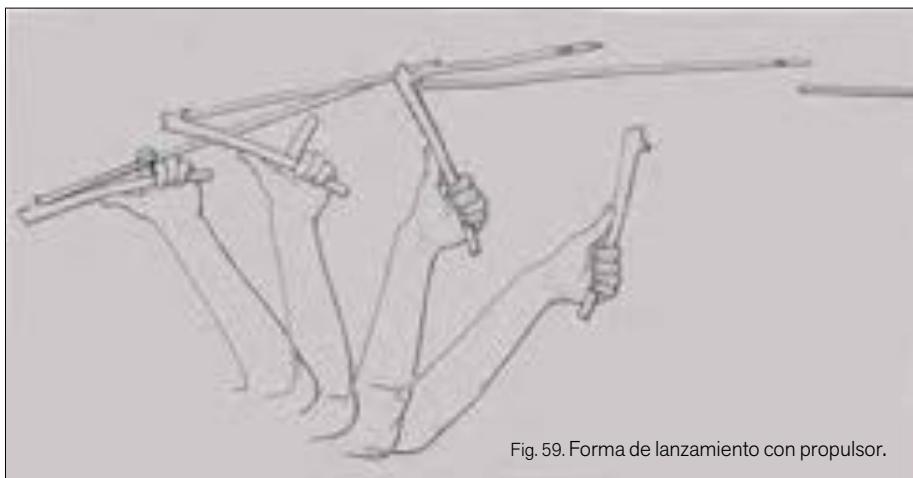


Fig. 59. Forma de lanzamiento con propulsor.



Fig. 60. Propulsor del Magdalenense de Mas d'Azil, con una figura de cabra, con la cabeza vuelta.

Existirían también durante el Magdalenense propulsores fabricados en ramas, pero como hemos dicho al comienzo de este libro, solo muy excepcionalmente se ha conservado la madera en los yacimientos.

Este instrumento aparece en el Magdalenense, en especial en cuevas del SW de Francia como Mas d'Azil, Les Trois-Frères, Bruniquel, Bedeilhac etc. (figs. 60 y 61). Está presente también en el Magdalenense Medio de Isturitz en varios ejemplares. Presentamos aquí uno procedente de las excavaciones de R. de Saint-Périer (1936) (fig. 62).

Como puede verse en las figuras expuestas, estos propulsores llevaban con frecuencia decoraciones, figuras de animales diversos, como cabras montesas y caballos, así como trabajos varios que constituyen espléndidas obras del arte mueble paleolítico. Los de Mas d'Azil y Les Trois-Frères que hemos expuesto en las figuras, llevan cabras montesas. El de Isturitz lleva una cabeza de caballo.

En el País Vasco meridional se conoce un fragmento de propulsor en Santimamiñe, procedente de las excavaciones de T. de Aranzadi y J. M. de Barandiaran (fig. 63). Está realizado en cuerno de cérvido, como es lo común, y lleva una decoración próxima a la zona por donde se fragmentó. Esta decoración representa la cabeza de un animal con su hocico, con un gran ojo y la oreja. No es fácil su determinación.



Fig. 61. Propulsor del Magdalenense de Les Trois-Frères, con dos cabras en actitud de lucha.

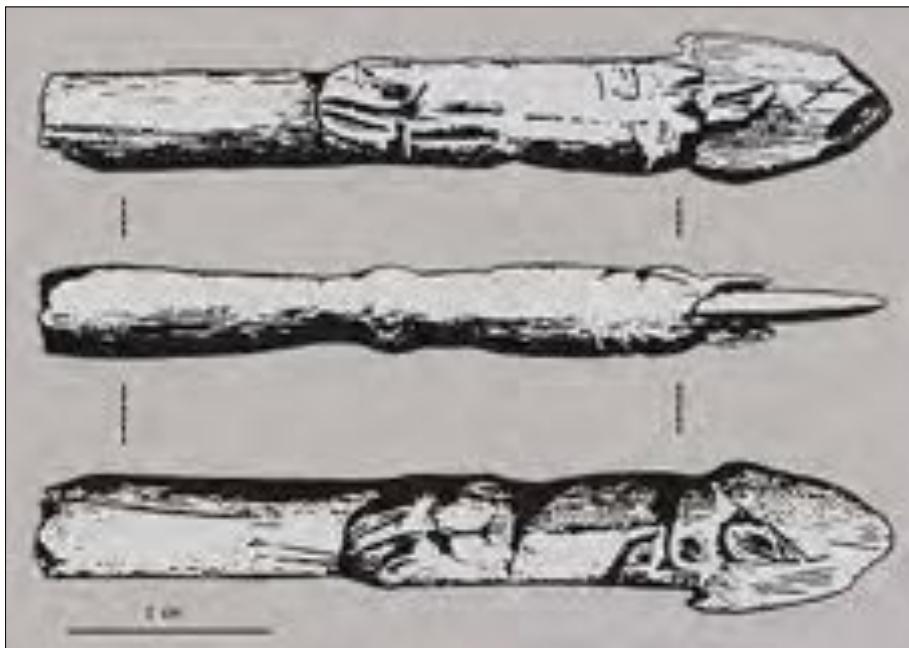


Fig. 62. Propulsor del Magdalenense de Isturitz (Baja Navarra) con la figura de una cabeza de caballo (según R. de Saint-Périer, 1936).



Fig. 63. Propulsor de Santimamiñe con una cabeza de animal y otros grabados más.

Arpones

Otro de los instrumentos realizados en hueso o cuerno es el arpón. Es un instrumento típico del Magdalenense, que en forma ligeramente modificada perdura en el Aziliense.

Se trata de un instrumento alargado, que lleva una o dos hileras de dientes en uno o en los dos lados y un orificio o un abultamiento de sujeción en su base (fig. 64). Mediante este orificio o sistema de sujeción podía ser recuperado, como lo veremos más adelante. Este sistema de sujeción consiste en uno o dos salientes o abultamientos en la base, por encima de los cuales podía sujetarse un hilo sin que éste se soltase del arpón al arrojarlo (figs. 64 y 65). En otros casos al doble o simple abultamiento sustituye un orificio, como veremos enseguida.

La finalidad de los arpones, según la opinión más generalizada, es la de ser utilizados en la pesca, aunque podían serlo también en la caza. Irían enmangados en una vara, pero de



Fig. 64. Arpón Magdalenense de una hilera de dientes, del yacimiento de Aitzbitarte IV (Errenerria), al que le falta el extremo distal. Se observa una pequeña protuberancia en la base, que constituye el sistema de sujeción del hilo, que se ata por encima del mismo.



Fig. 65. Arpón de Aitzbitarte IV (Errenerria), con un solo diente a cada lado y un doble saliente en la base, para la función descrita en la figura anterior.

forma distinta a la de la azagaya, que hemos visto. La vara recibía la base del arpón en un orificio previamente practicado en ella. Con el impulso de ésta el arpón se clavaba en la presa, desprendiéndose de la vara, pero mantenía la relación con el pescador mediante el hilo de sujeción, tal como se muestra en las figuras 66 y 67, tomadas de un panel del varias veces citado Museo Nacional de Arqueología de St. Germain-en-Laye.



Fig. 66. Forma de enmangamiento de un arpón. Se sujetá introduciéndolo en un orificio o una hendidura de una vara, sujeto mediante un hilo de la manera que se ve (Musée d'Archaeologie Nationale de Saint-Germain-en- Laye).

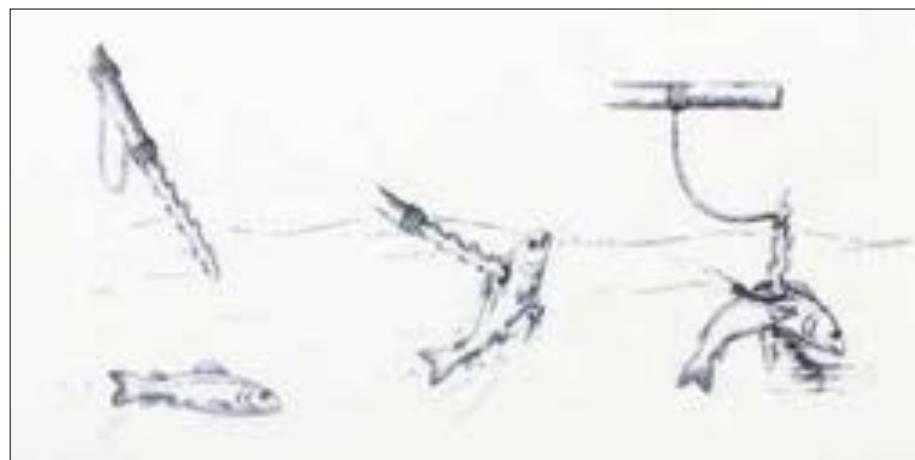


Fig. 67. Penetración del arpón en el pez, con ayuda de la vara de enmangamiento. Persistencia de la relación del arpón con el pescador, mediante el hilo sujeto a la manera que se indica en el dibujo (Musée d'Archaeologie Nationale de Saint-Germain-en- Laye).

Existe también la opinión de que actuaban como anzuelos, de manera análoga respecto a su recuperación, pero en vez de ser clavados eran tragados por la presa. La relación con el pescador se mantenía de la forma antes descrita. Un arpón de Lumentxa (Lekeitio), (fig. 68), con un diente, que más parece anzuelo, y sin punta aguda de penetración, puede apoyar esta opinión.

Análoga forma de enmangamiento, pero con hendidura en la vara receptora, en vez de hoyo, se da en esta figura de un panel del Museo de Arqueología de Schleswig (fig. 69).



Fig. 68. Arpón-anzuelo del Magdalenense de Lumentxa (Lekeitio).

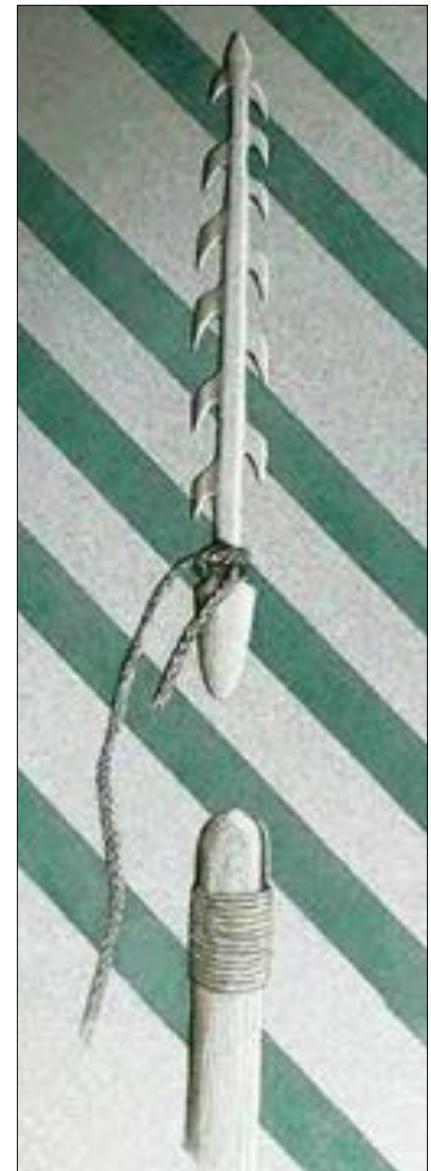


Fig. 69. Emangamiento del arpón en la vara mediante una hendidura en ésta, a diferencia del hoyo que lo recibe en la fig. 66 (simplificada) (Museo del Schloss Gottorf de Schleswig), Alemania.

La figs. 70 y 71 presentan arpones de doble hilera de dientes, procedentes de los yacimientos de Santimamiñe (Kortezubi) y de Arenaza (Galdames). Estos pueden ser varios a cada lado o varios en un lado y uno en el otro, como se ve en las figuras. La sujeción de estos arpones es mediante un doble abultamiento en el primer caso y mediante un orificio en el segundo.

En las figs. 72 y 73 vemos dos arpones de sección plana, típicos del Aziliense y que pertenecen a los yacimientos de Pikandita y de Arenaza. Ambos coinciden en poseer como sistema de sujeción un orificio, pero difieren en la situación y número de dientes.

Las figs. 74 y 75 muestran dos fragmentos de arpones del Magdaleniense de Urtiaga. El primero es simplemente la base de un arpón cilíndrico, que lleva dos ensanchamientos en la base, entre los cuales hay un claro orificio de sujeción, alargado, en forma de ojal. El segundo es un extremo distal de arpón, del mismo nivel y yacimiento con una hilera de finos y agudos dientes.



Fig. 70. Arpón de sección cilíndrica con doble hilera de dientes y dos abultamientos de sujeción en la base. Magdaleniense de Santimamiñe (Kortezubi).



Fig. 71. Arpón con doble hilera de dientes, reducido a uno en la base de uno de los lados, del yacimiento de Arenaza (Galdames).



Fig. 72. Arpón plano del Aziliense de Pikandita (Ataun), con un solo diente a cada lado y un orificio de sujeción en su base.



Fig. 73. Otro arpón plano de una hilera de dientes, del nivel Aziliense de Arenaza (Galdames).



Fig. 74. Parte proximal de un arpón Magdaleniense de Urtiaga (Deba), con claro orificio de sujeción.



Fig. 75. Parte distal de un arpón del Magdaleniense de Urtiaga (Deba), con una fila de dientes finos.

La fig. 76 presenta un arpón curioso, desde el punto de vista del sistema de su sujeción. Pertenece al tipo de sujeción mediante orificio, pero éste no ha sido practicado en el eje de la pieza, como es lo común, sino que ha sido realizado mediante un trabajo análogo al de la fabricación de un diente. Sin embargo este diente no ha sido independizado del fuste en su extremo, con lo que el orificio ha quedado ladeado respecto al eje de la pieza. Pertenece al Magdaleniense del yacimiento de Sta. Catalina (Lekeitio).

Por fin, para concluir con los arpones, queremos presentar un prototipo de arpón, como lo denomina I. Barandiaran (1967), consistente en una punta bastante larga, con dos acanalamientos longitudinales y con esbozos de dientes seriados en varias direcciones (fig. 77). También en los acanalamientos presenta trazos oblicuos regularmente dispuestos. Pertenece al nivel Magdaleniense de Ermittia.



Fig. 76. Arpón del yacimiento de Sta. Catalina (Lekeitio), con un sistema de sujeción excepcional, ladeado respecto al eje de la pieza. Este sistema ha sido fabricado a la manera de un diente, que no se independiza en su extremo del resto del hueso, por lo que deja un orificio para el hilo.



Fig. 77. Prototipo de arpón con esbozos de varias hileras de dientes en distintas direcciones. Pertece al Magdaleniense de Ermittia (Deba).

Puntas, punzones y estiletes

Punzones, puntas y estiletes son útiles que terminan en punta y que sirven para realizar hoyos o agujeros sobre distintas materias. Los candiles de cuerno de cérvidos, así como los fragmentos de huesos largos de bovinos, ciervos, cabras y sarrios, después de abiertos para obtener como alimento su médula, constituyen una excelente materia prima para su elaboración. La figura 78 muestra una serie de extremos proximales de metacarpos de Cabra montés del nivel Aziliense del yacimiento de Anton Koba (Oñati), fracturados para la obtención de la mencionada médula (Altuna & Mariezkurrena, 2013). Estos mismos fragmentos pueden constituir el punto de partida de puntas y punzones, como el que vemos en la figura 79, perteneciente al Aziliense del yacimiento de Arenaza.



Fig. 78. Extremos proximales de metacarpos de *Capra pyrenaica* del aziliense de Anton Koba (Oñati), fracturados para obtener su médula, como alimento.



Fig. 79. Punzón del yacimiento de Arenaza (Galdames), fabricado a partir de una pieza análoga a las de la figura anterior.



Fig. 80. Punta fabricada en diáfisis de hueso largo de cabra montés, del Magdaleniense de Ermittia (Deba).



Fig. 81. Tres vistas del mismo extremo de candil de ciervo, en el que con una mínima intervención se ha fabricado una punta o punzón. Pertenece al Magdaleniense de Urtiaga (Deba).



Fig. 82. Punzón en candil de cuerna de ciervo, con el extremo pulido. Aziliense de Anton Koba (Oñati).



Fig. 83. Punta gruesa en candil de ciervo del yacimiento de Ermittia (Deba).

Naturalmente también los fragmentos de diáfisis pueden constituir material para la fabricación de punzones, como se ve en el ejemplar de la figura 80, perteneciente al Magdaleniense del yacimiento de Ermittia.

La finalidad de estos punzones y estiletes, como lo hemos indicado al comienzo del capítulo es la de realizar hoyos o agujeros sobre distintas materias. Estas materias no pueden ser duras, tal como otros huesos o piedras, para lo cual se utilizaban piezas de sílex preferentemente, pero podían actuar sobre materias blandas como pieles o materias vegetales diversas.

Los extremos de candiles de ciervo pueden servir también, en casos con un mínimo retoque, para la fabricación de tales punzones. La figura 81 muestra tres visiones del mismo candil de ciervo, someramente retocado en su extremo con un ligero raspado en sentido longitudinal, para su utilización como punta o punzón. Pertenece al Magdaleniense de Urtiaga. Algo análogo se observa en el candil de ciervo que presentamos en la figura 82. Su extremo está pulido a fin de hacer más eficaz el punzón. Pertenece al Aziliense de Anton Koba.

En otros casos los citados candiles de ciervo pueden ser objeto de una más profunda elaboración para la fabricación de la punta. Así la figura 83 nos muestra una punta gruesa



Fig. 84. Punta plana fabricada a partir de un candil de ciervo, procedente del Magdaleniense de Aitzbitarte IV (Erreneria).



Fig. 85. Punzón fragmentado de sección semicircular, con líneas diversas de decoración, unas longitudinales, otras oblicuas y otras más complejas, del yacimiento de Ermittia (Deba).



Fig. 86. Punzón fragmentado de Ermittia (Deba), de sección cuadrada, decorado con líneas oblicuas profundas y cortas y algunas longitudinales más largas y finas, en su extremo distal.



Fig. 87. Punzón fragmentado y rehecho de Ermittia (Deba), con decoración de líneas transversas cortas en la mitad de su desarrollo y una línea longitudinal ondulada.

de un nivel indeterminado de Ermittia, más trabajada y recortada en su base y la 84 una magnífica punta plana, obtenida en el nivel Magdaleniense de Aitzbitarte IV.

Muchas puntas han sido decoradas con motivos diversos. Así una de Ermittia de sección semicircular (fig. 85), fragmentada en su base, con líneas diversas de decoración, unas longitudinales, otras oblicuas y otras más complejas, formando a modo de óvalos abiertos al converger con otras de otro de los lados de la pieza. El “óvalo” inferior lleva unas líneas cortas transversas.

Lo mismo ocurre con otro punzón de sección cuadrada, del mismo yacimiento de Ermittia, también decorado con líneas oblicuas cortas y profundas en su mitad inferior y otras longitudinales más largas y finas en su zona distal (fig. 86).

Otro más del mismo yacimiento (fig. 87), también fragmentado y rehecho en parte, muestra una decoración con líneas transversas cortas en su zona central y otra longitudinal ondulada.



Fig. 88. Punta doble de sección semicircular, del Magdaleniense de Urtiaga (Deba).



Fig. 90. Punta doble del Magdaleniense de Urtiaga (Deba).



Fig. 91. Punta doble de sección subcuadrangular, del Magdaleniense de Urtiaga (Deba).



Fig. 89. Punta doble del Magdaleniense de Praileaitz (Deba). Lleva líneas oblicuas largas.

Por otro lado hay puntas dobles o biapuntadas, como las que mostramos en las figuras 88 a 96.

Comenzamos con una de sección semicircular perteneciente al Magdaleniense de Urtiaga, seguida de otra de sección circular del yacimiento de Praileaitz I. Las figuras 90 a 92 muestran 3 más, de grosor fino, estando la tercera decorada mediante surcos oblicuos dispuestos regularmente. Las tres pertenecen al Magdaleniense de Urtiaga. La figura 93 presenta otra más, esta vez gruesa, de sección circular junto a uno de los extremos y acercándose a una sección cuadrada junto al otro. Fue obtenida en las excavaciones practicadas por el Conde de Lersundi en Aitzbitarte IV, en 1892.



Fig. 92. Punta doble de sección circular, del Magdalenense de Urtiaga (Deba).



Fig. 93. Punta doble gruesa de Aitzbitarte IV (Erreteria), procedente de las excavaciones de 1892.



Fig. 94. Punta doble gruesa, de sección circular, decorada mediante un profundo surco y hoyuelos transversos a sus lados. Magdalenense de Ermittia (Deba).



Fig. 95. Punta doble de sección subtriangular, del Magdalenense de Ermittia (Deba).

Por fin, las cuatro puntas dobles últimas que presentamos (fig. 94 a 97) pertenecen al Magdalenense de Ermittia. Todas ellas tienden a ser gruesas y muestran una decoración notable. La 94 presenta en una de sus caras una acanaladura profunda, con pequeños hoyuelos transversos a los lados. La 95, de sección subtriangular, lleva dos surcos longitudinales en una de sus caras y otros dos en otra. La 96, de sección triangular, está rota en uno de sus extremos. Lleva una decoración compleja: en dos de sus caras lleva líneas longitudinales, entre las que se intercalan dos pequeños rombos. En la tercera cara lo que se intercala entre las líneas longitudinales es un trazo corto oblicuo. La 97 lleva una decoración más compleja aun. Es de sección algo aplanada y en la cara más plana lleva una acanaladura profunda que recorre toda la longitud de la pieza. A los lados de esta acanaladura hay una docena de hoyuelos o muescas regularmente dispuestos.

Punzones finos con apoyo basal natural o artificial, denominados también estiletes, y que llevan una decoración muy cuidada, se dan en algunos pocos casos, como son los de Arenaza I (Galda-mes) y Bolinkoba (Abadiño) (figs. 98-101).

La figura 98 pertenece al nivel Magdaleniense Inferior de la cueva de Bolinkoba. Se trata de un estilete de sección triangular, que conserva parte de la epífisis para su más fácil manejo y que lleva una decoración compleja. Ésta consiste en una línea longitudinal en cada cara y series de líneas numerosas transversas, regularmente trazadas, que solo dejan sin ellas los extremos proximal y distal de la pieza.

La fig. 99 muestra otro estilete, esta vez roto y a falta de su extremo distal o punta. Pertenece al nivel Aziliense de Arenaza I y conserva también la epífisis en su base. Lleva grupos de líneas transversas profundas, bien organizadas, pero carece de las líneas longitudinales que hemos visto en el ejemplar anterior.

La pieza de la fig. 100 conserva solamente su mitad distal. Se trata de otra pieza análoga, más fina, también proveniente del nivel Aziliense del yacimiento de Arenaza I. Lleva una decoración semejante a la pieza anterior, consistente en grupos de surcos transversos paralelos, si bien los tales grupos no están tan claramente diferenciados como en el ejemplar de la fig. 99. Tampoco existen en él las líneas longitudinales que hemos visto en el ejemplar de Bolinkoba (fig. 98).

La fig. 101, por fin, presenta otro punzón o estilete de sección circular, también fino, pero con una base distinta a la de los estiletes de las figs. 98 y 99. Aquí se ha realizado un a modo de extremo distal de pata de caballo, con su casco. Este extremo distal de pata se ha logrado mediante incisiones profundas seguidas de extracción de materia ósea. Pertenece al nivel Solutrense de Bolinkoba.

Toda esta decoración en estos útiles sugiere que no eran simples objetos utilitarios, sino que podían tener además otra función simbólica, quizá una relación especial entre el útil y quien lo maneja o una relación de pertenencia.



Fig. 96. Punta doble de sección triangular, con rotura en uno de los extremos. Está decorada mediante dos surcos longitudinales en una de sus caras y otro más en otra. Magdaleniense de Ermittia (Deba).



Fig. 97. Punta doble rota en uno de sus extremos. Es de sección aplanaada y lleva una decoración compleja consistente en una acanaladura profunda que recorre toda la longitud de la pieza y a cuyos lados hay una docena de hoyuelos o muescas regularmente dispuestos. Magdaleniense de Ermittia (Deba).



Fig. 98. Estilete de sección triangular del Magdaleniense de Bolinkoba (Abadiño). El hueso conserva parte de la epífisis del hueso del que procede. No conserva el extremo distal. Lleva grupos de líneas transversas profundas, organizadas en grupos. Pertenece al Aziliense de Arenaza (Galdames).



Fig. 99. Estilete que conserva parte de la epífisis del hueso del que procede. No conserva el extremo distal. Lleva grupos de líneas transversas profundas, organizadas en grupos. Pertenece al Aziliense de Arenaza (Galdames).



Fig. 100. Estilete, sin su zona proximal. Pertenece al mismo yacimiento de Arenaza, y lleva una decoración análoga a la de la pieza anterior, si bien no tan regularmente organizada.



Fig. 101. Estilete del Solutrense de Bo-linkoba (Abadiño), simulando la parte terminal de una pata de caballo con su casco.

Varillas

Las varillas son objetos alargados, generalmente semicilíndricos o planos, fabricados frecuentemente con cuerno de reno o ciervo. Los extremos de dichos objetos suelen ser apuntados, biselados o romos. Algunos prehistoriadores consideran a las varillas como mangos de útiles o de armas. Otros piensan que dos varillas semicilíndricas podrían acoplarse por su parte plana para formar un objeto cilíndrico. En favor de esta hipótesis está el hecho de que, si portan decoración, cosa frecuente, ésta está en la parte cilíndrica y de que la parte plana lleva estrías que favorecen tal acoplamiento. De esta manera se evitaba la deformación que con frecuencia se daba en las azagayas o puntas largas de una sola pieza. Además esta varilla cilíndrica resultante de las dos acopladas originaba un objeto más resistente.

Generalmente pertenecen al período Magdaleniense Medio. El yacimiento de Isturitz en el País Vasco septentrional proporcionó un conjunto importante de tales varillas semicilíndricas, primorosamente decoradas en su parte convexa, siendo a este respecto uno de los yacimientos más importantes, dentro de Europa (fig. 102). Dos varillas análogas han salido recientemente en el yacimiento azpeitiano de Ezkuzta, cuyo estudio no ha sido publicado aun en el momento en que este trabajo entra en imprenta.

Las figuras 103 a 106 muestran varillas semicilíndricas o plano-convexas de Ermittia (103 y 106), Aitzbitarte IV (104) y Urtiaga (105), que presentan en su lado plano estrías oblicuas, que podían facilitar el acoplamiento arriba mencionado.



Fig. 102. Varillas semicilíndricas, profusamente decoradas, del yacimiento de Isturitz (Baja Navarra).



Fig. 103. Varilla de sección plano convexa del Magdaleniense de Ermittia (Deba). Lleva estrías oblicuas en la cara más aplanada.



Fig. 104. Varilla de sección semicircular del Solutrense de Aitzbitarte IV (Erreenteria). Lleva estrías transversas en la cara más aplanada.



Fig. 105. Varilla de sección plano-convexa, con estrías oblicuas en la cara aplanada. Pertenece a un nivel indeterminado de Urtiaga (Deba).



◀ Fig. 106. Fragmento medial de varilla de sección rectangular con estrías oblicuas en las dos caras más anchas. Pertenece al Magdaleniense de Ermittia (Deba).



Fig. 107. ▶ Varilla de sección plano-convexa del Magdaleniense de Ermittia (Deba).



▲ Fig. 109. Varilla de sección plano-convexa sin estrías, del Magdaleniense de Ermittia (Deba).



◀ Fig. 108. Varilla de sección plano-convexa sin estrías, del Magdaleniense de Ermittia (Deba).



Fig. 110. ▶ Fragmento medial de varilla de sección plano-convexa del Magdaleniense de Urtiaga (Deba).

Las figuras 107 a 111, todas del Magdaleniense de Ermittia, salvo la 110 que pertenece al Magdaleniense de Urtiaga, no presentan estrías oblicuas en la cara plana, pero la rugosidad de la misma, correspondiente a la parte interna del cuerno, puede realizar el papel de acomplamiento, sin necesidad de las estrías.

En la figura 112 podemos observar una varilla singular. Pertenece también al Magdaleniense de Ermittia. Es plano-convexa, como las anteriores, pero lleva dos abultamientos en la mitad de su recorrido, uno a cada lado. Está curvada y la cara interior de la curvatura lleva una línea longitudinal.



▲ Fig. 111. Varilla fina de sección plano-convexa del Magdaleniense de Ermittia (Deba).

Para concluir con las varillas, presentamos dos ejemplares de carácter distinto a las anteriores, por su anchura y por la decoración que llevan.

La recogida en la figura 113 es una varilla más ancha que las descritas hasta el presente, de sección rectangular, perteneciente al Magdaleniense de Ermittia. La parte exterior de la materia córnea, lleva dos surcos longitudinales paralelos, profundos y anchos, que recorren toda la parte que se conserva de la pieza. La cara interna está muy deteriorada y ha perdido parte de su materia inicial.



▲ Fig. 112. Varilla de sección plano-convexa curvada del Magdaleniense de Ermittia (Deba).

Fig. 113. Varilla de sección rectangular, ▶ ancha, decorada mediante dos surcos profundos en la cara exterior del cuerno que procede del Magdaleniense de Ermittia (Deba).



Fig. 113. Varilla de sección rectangular, ▶ ancha, decorada mediante dos surcos profundos en la cara exterior del cuerno que procede del Magdaleniense de Ermittia (Deba).

La que presentamos en la figura 114 es también ancha y de sección plano-convexa. Pertenece al Solutrense de Aitzbitarte IV. En su cara convexa lleva tres grupos de surcos o canales profundos, longitudinales, suavemente ondulados y dentro de ellos una serie de pequeñas incisiones oblicuas profundas, muy regulares y similares en los tres canales. Estas pequeñas incisiones están muy próximas unas de otras, por lo que son muy numerosas, tanto que en la parte que se conserva de la pieza llegan a 225.



Fig. 114. Varilla de sección plano-convexa, ancha, con decoración compleja en su cara exterior. Perteenece al Solutrense de Aitzbitarte IV (Errenerria).

Bastones perforados

Se trata de fragmentos de cuerna de reno o ciervo, que llevan una perforación grande. Fueron llamados anteriormente bastones de mando, porque se les asignaba una función de autoridad. Esta función fue puesta en entredicho hace ya mucho tiempo, razón por la que se les denomina con el término descriptivo y nada comprometedor de "perforados" evitando toda alusión a su función. En efecto, que son perforados no ofrece dudas. Se ha mantenido en cambio el término de "bastón", que puede también ser discutido. Quizá se ha mantenido como traducción del término original francés "bâton", que tiene en su lengua un significado mucho amplio que su homónimo español "bastón".

En todo caso se han dado diversas interpretaciones acerca de su función. Ya J. M. de Barandiaran en 1953 en su libro "El Hombre Prehistórico en el País Vasco" les asignó la función de enderezar astas de arpones y de azagayas o de doblegar correas, considerándolos semejantes a los "gabil" utilizados todavía por la industria popular vasca para reblanecer, alisar y redondear las tiras de cuero destinadas a la costura de abarcas, de zurrones y de otros objetos de piel. Barandiaran tenía la ventaja de conocer perfectamente la vida tradicional vasca, proveniente de siglos atrás. La realidad es que interpretaciones análogas han sido dadas posteriormente por distintos prehistoriadores.

Sin embargo no es la única explicación dada a estas piezas. Las interpretaciones son muy numerosas. Han sido consideradas también como trenzadoras de crines y como propulsores, relacionando la flecha a lanzar con el bastón perforado mediante una cuerda.

Recientemente Kilgore y Gonthier (2014), basados en experimentación propia, distinguen dos tipos de tales bastones por la orientación del orificio. Al que lleva el orificio perpendicular a la pieza le asignan una función de trenzador de crines de caballo y al que lleva el orificio oblicuo la función de frenos de caza. Estos eran utilizados a la vez por varios cazadores, que obstaculizaban la escapatoria del animal. Éste, una vez fijo de esta manera, era atacado después mediante armas arrojadizas.

Sea lo que fuere, los autores siguen discutiendo sobre su funcionalidad o siguen manteniendo un total escepticismo sobre la posibilidad de saberlo. En todo caso, es la pieza de hueso más circunscrita en el tiempo de las que hemos mencionado. Así como otras, tales como agujas, azagayas, arpones, puntas etc.. continúan en el Aziliense y posteriormente, el bastón perforado no. Le sucedió alguna otra pieza que desconocemos?

Por otro lado nos encontramos de nuevo aquí, como en el caso de las varillas, que Ithuritz, en el País Vasco septentrional, tiene un número de bastones mucho más numeroso que todos los yacimientos del País Vasco meridional juntos. Esta superioridad no

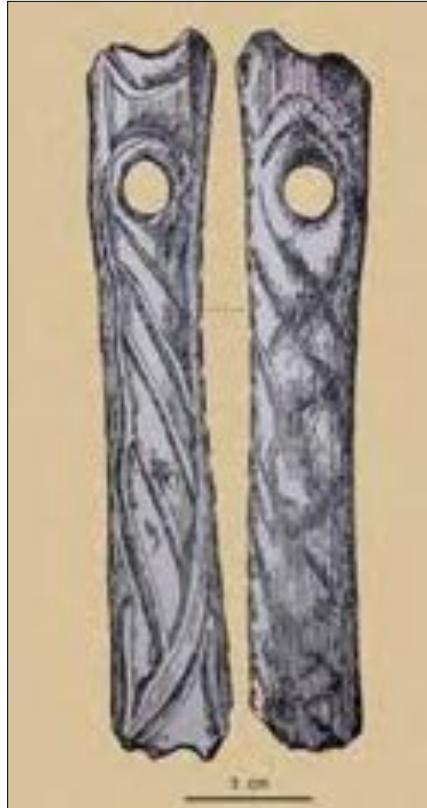


Fig. 115. Bastón de mando de Ithuritz (Baja Navarra), decorado en dos caras.

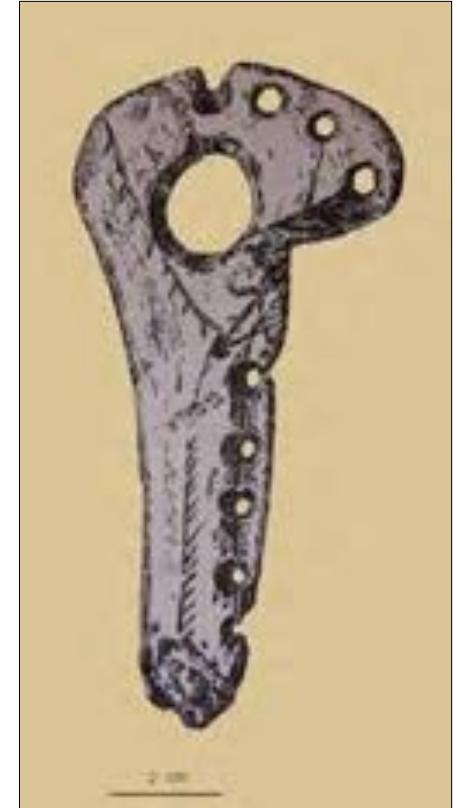


Fig. 116. Bastón de mando de Ithuritz (Baja Navarra), con su orificio principal y una serie de orificios pequeños que bordean parcialmente al mayor y continúan por el resto del cuerno.

es solamente en número. Lo es también en el grado de conservación de muchos de ellos. Lo que decimos lo mostramos en las figuras 115 y 116. El bastón de la primera de ellas lleva una amplia decoración de líneas y bandas rectas o curvas, que cubre toda la parte conservada de la pieza. La segunda, además de la perforación mayor central, lleva una serie de pequeñas perforaciones, que se extienden por toda una mitad de la parte conservada del bastón y que hacen más misteriosa aun la pieza.

La mayor parte de estos bastones son de época Magdaleniense, pero los hay del Solutrénse, como veremos al mostrar las figuras.



Fig. 117. Fragmento de bastón perforado, perteneciente al Solutrense de Aitzbitarte IV (Erreteria). Lleva decoración de surcos a los lados de la perforación.



Fig. 118. Fragmento de bastón perforado, perteneciente al Magdalenense de Aitzbitarte IV (Erreteria).



Fig. 120.
Fragmento de bastón perforado, perteneciente al Magdalenense de Santimamiñe (Kortezubi).



Fig. 119. Fragmento de bastón perforado, perteneciente al Magdalenense de Urtiaga (Deba).

Desgraciadamente todos los bastones de la parte meridional del País están mal conservados. Sólo excepcionalmente llega a mantenerse el orificio completo. Las figuras 117 a 120 muestran 4 bastones de los que se conserva solamente la parte que rodea al orificio. La 117 pertenece al Magdalenense de Aitzbitarte IV y está fabricado en cuerna de reno. A ambos lados del orificio lleva una serie de surcos. En uno de los lados hay tres surcos profundos paralelos. Uno de ellos queda casi perdido por la rotura. En el otro lado del orificio lleva 4 surcos más finos, que convergen bajo el orificio. El bastón representado en la figura 118 pertenece al Magdalenense del mismo yacimiento. La 119 pertenece al Magdalenense de Urtiaga y la 120 al Magdalenense de Santimamiñe.



Fig. 121. Fragmento de bastón perforado, perteneciente al Magdalenense de Bolinkoba (Abadiño), decorado mediante aspas y líneas oblicuas en todo su desarrollo.



Fig. 122. Fragmento de bastón perforado, descubierto en las excavaciones de 1892 en Aitzbitarte IV (Erreteria). Lleva decoración de cuatro líneas longitudinales, dos a cada lado, a las que convergen muescas profundas, regularmente distribuidas.



Fig. 123. Fragmento de bastón perforado, perteneciente al Magdalenense de Urtiaga (Deba).

En la figura 121 incluimos un bastón del Magdalenense de Bolinkoba, del que justamente se reconoce el orificio en uno de sus extremos. Se conserva el resto del candil de la cuerna de ciervo. Lleva una decoración geométrica que recorre en varias bandas la longitud del candil, formada por la intersección de líneas oblicuas grabadas en dos direcciones.

La figura 122 muestra un bastón hallado en las excavaciones del conde de Lersundi en Aitzbitarte IV. Conserva en un extremo una pequeña parte del orificio. El bastón se ex-

tiende luego por gran parte del resto del candil. Lleva también decoración. Ésta consiste en 4 surcos longitudinales, dos en los bordes de cada cara de la pieza. A esas líneas se acercan 4 grandes muescas practicadas en los bordes del bastón, dos a cada lado.

La figura 123 es otro bastón del Magdalenense de Urtiaga, que conserva también buena parte del candil. Lleva una serie de líneas distribuidas por todo el desarrollo de éste: unas junto al orificio y otras, profundas, en diversas direcciones, en especial oblicuas, en el extremo opuesto al orificio.

Fig. 124. Fragmento de bastón con doble perforación, perteneciente al Magdaleniense de Praileaitz (Deba). La perforación mayor, hecha en una zona muy delgada de la pieza, parece ser orificio de suspensión. La silueta general, con sus adelgazamientos y prominencias, parece representar a un ave con el cuello estirado y un fuerte pico.



Por fin mostramos otro ejemplar con doble orificio y de interpretación más difícil (fig. 124). Se trata de un bastón hecho sobre una lengüeta de cuerna de ciervo y perteneciente al nivel Magdaleniense de la cueva de Praileitz I (Deba). El bastón, como decimos, tiene dos orificios. El orificio menor, el más próximo a la parte puntiaguda de la lengüeta, parece ser el verdadero orificio del bastón. El mayor, situado en la parte opuesta de la lengüeta, está realizado sobre una parte fina de la misma, previamente desgastada y que solo tiene un grosor de poco más de 3 mm. Este orificio en esa zona tan delgada difícilmente puede jugar el papel que juegan los orificios normales de los bastones perforados. Recientemente Mujika (Peñalver, San José & Mujika, 2017) ha interpretado este bastón, pensando que el orificio mayor puede ser un orificio de suspensión. El mismo autor indica que esta función en este caso, se serviría de un orificio inusualmente grande. Se fija por otro lado en la forma general del contorno de la pieza, contorno en parte trabajado, y la interpreta, creemos que con acierto, como cabeza de un ave, con el cuello estirado y un pico potente.

Colgantes

Los colgantes son elementos que se llevan en suspensión, merced a un orificio o un estrangulamiento que permite penderlos, bien del cuello, bien a modo de cinturón o en otras partes del cuerpo. Se cuentan entre los objetos de adorno de los humanos prehistóricos del Paleolítico superior y que continúan posteriormente.

Hasta el presente no se han encontrado colgantes en el Paleolítico Medio, es decir pertenecientes al hombre de Neandertal. Pero se conocen desde el Auriñaciense.

Se les ha atribuido también funciones de otra índole, tal como la de la pertenencia a un grupo o la de ser amuletos, a los que se atribuyen funciones supranaturales, pero todo esto es simple hipótesis. Los cráneos de aquellos humanos han fosilizado con relativa frecuencia, pero las ideas que esos cráneos portaron no fosilizaron. Si tales piezas tuvieron otra función además de la del mero adorno es algo que se nos escapa por completo. No podemos ni afirmarlo ni negarlo. Distamos mucho de la mente de aquellos predecesores nuestros para intentar precisar significados que nos son totalmente ignorados.

En todo caso, tales colgantes han sido colocados también junto a difuntos. Un caso extremo lo constituye el hombre de Sungir en Rusia, enterrado entre hace 25.000 a 22.000 años, al que unieron a sus vestidos más de 3.000 mil cuentas, en especial de marfil, y a su gorro o sombrero cientos de caninos perforados de zorro polar.

Estos colgantes pueden ser realizados en distintas materias. Una de las más utilizada es la de fabricarlos en dientes de macromamíferos, pero son también muy frecuentes las fabricadas sobre conchas de moluscos. Más contadas son las realizadas a partir de huesos o materias minerales, si bien hay ejemplos notorios de esto último en nuestra misma Prehistoria, como veremos más abajo.

Entre los realizados en dientes sobresalen en número los fabricados a partir de los caninos o colmillos superiores atróficos que los ciervos poseen en los maxilares, junto a su contacto con los premaxilares (fig. 125). Pero son también frecuentes los realizados a partir de incisivos inferiores (los maxilares de los rumiantes no llevan incisivos) de cabras monteses o sarrios (fig. 126). Son más escasos los realizados a partir de incisivos de caballo, tanto superiores como inferiores (fig. 127 y 128). Pero, dentro de los Macromamíferos, no solo los dientes de los Ungulados son utilizados para este menester. También lo son los caninos o colmillos de zorro, tanto superiores como inferiores (fig. 129).



Fig. 126. Mandíbulas de cabra montés (a) y sarrio (b), mostrando los incisivos en que se realizan colgantes.



Fig. 127. Extremo distal de mandíbula de caballo con sus incisivos, vista desde su lado lingual. Con estos incisivos se realizan colgantes.



Fig. 128. Extremo distal de mandíbula de caballo con sus incisivos, vista desde su lado labial. Con estos incisivos se realizan colgantes.



Fig. 125. Maxilar y premaxilar de Ciervo, mostrando el canino perforado, en el que se practican muchos colgantes.



Fig. 129. Cráneo de zorro mostrando su dentición. Sus caninos o colmillos se utilizan también para la fabricación de colgantes.



Fig. 130. Forma de utilización de un perforador de sílex para practicar el orificio de suspensión en los colgantes en diente y en materias minerales (Museo de Prehistoria del Schloss Gottorf en Schleswig, Alemania).

La manera como se realizaba la perforación de suspensión, bien en dientes, bien en materias minerales, es mediante el giro de un perforador de sílex, tal como se ilustra en la fig. 130.

En las figuras 131 y 132 mostramos distintos caninos atróficos de ciervo, la mayoría de edad avanzada, habida cuenta del desgaste del canino. La 131,a presenta uno perteneciente al Gravetiense de Amalda (Zestoa). La 131,b otro perteneciente al Magdaleniense de Urtiaga y la 131,c un tercero perteneciente al Aziliense de Urtiaga. En estos tres ejemplos vemos que este motivo de adorno pervive mucho en el tiempo, ya que entre el Gravetiense de Amalda y el Aziliense de Urtiaga median más de 15.000 años.

La figura 132,a y la 132,b, pertenecientes al Magdaleniense y al Aziliense de Urtiaga respectivamente, muestran que se han utilizado caninos de ciervos jóvenes, poco gastados. En la 132,c vemos que vuelve a utilizarse un canino de ciervo senil. En este caso el orificio de suspensión es muy amplio. Pertenece al yacimiento de Ermittia.

A veces estos caninos eran decorados mediante incisiones diversas. En la figura 133 observamos un canino de los que venimos hablando, con profundas incisiones en ambos lados de la pieza, que afectan a toda ella salvo a la parte distal de la corona. Pertenece al Solutrense de Bolinkoba.



Fig. 131. Colgantes en caninos perforados de ciervo.
 a. del Gravetiense de Amalda (Zestoa).
 b. del Magdaleniense de Urtiaga (Deba) y
 c. del Aziliense también del Urtiaga (Deba).



Fig. 132. Colgantes en caninos perforados de ciervo.
 a. del Magdaleniense de Urtiaga (Deba).
 b. del Aziliense del mismo yacimiento y
 c. del Magdaleniense de Ermittia (Deba).
 Los caninos a y b pertenecen a ciervos jóvenes, por lo que su desgaste es casi nulo.
 En cambio el c pertenece a un ciervo senil. En este ejemplar el orificio de suspensión es particularmente grande.



Fig. 133. Canino perforado de ciervo, decorado mediante profundas incisiones regularmente practicadas. Pertenece al Solutrense de Bolinkoba (Abadiño).



Fig. 134. Serie de caninos de ciervo ensartados a modo de collar. Solutrense de Bolinkoba (Abadiño).



Fig. 135. Canino perforado de ciervo en el que el sistema de suspensión no es el orificio común sino un estrangulamiento mediante un surco profundo en la raíz del canino Magdaleniense de Erralla (Zestoa).



Fig. 136. Perforaciones en incisivos de pequeños bóvidos.
 a. en incisivo de sarro, perteneciente al Magdaleniense de Erralla (Zestoa).
 b. en incisivo de leche de cabra del mismo nivel de Erralla (Zestoa) y
 c. en incisivo de cabra adulta del Magdaleniense de Urtiaga (Deba).



Fig. 137. Colgantes en incisivo de cabra adulta del Magdaleniense de Ermittia (Deba).

A veces el número de tales caninos es tan numeroso en un mismo lugar, que lleva a pensar que se trataba de piezas ensartadas a modo de collar. Así este conjunto del nivel Solutrense de Bolinkoba (fig. 134).

En la figura 135 vemos otro colgante en canino de ciervo, perteneciente al Magdaleniense de Erralla, pero donde el sistema de suspensión no es el orificio típico visto hasta el presente en los ejemplares mostrados, sino un surco circular que rodea la raíz del canino y produce un estrangulamiento en el que es fácil aplicar el hilo suspensor.

Ya hemos indicado que no es solamente el canino de ciervo el material utilizado para estos colgantes. La figura 136 muestra tales colgantes en incisivos de sarro (a) y de cabra montés (b y c). El incisivo de sarro pertenece al Magdaleniense de Erralla. El b es un incisivo de leche de una cabra juvenil y pertenece al mismo nivel y yacimiento. El c es un incisivo de cabra adulta y pertenece al Magdaleniense de Urtiaga.

En la figura 137 mostramos otro ejemplar en incisivo de cabra adulta, perteneciente al Magdaleniense de Ermittia. El orificio practicado en él es oblongo.



Fig. 138. Colgante en incisivo de ciervo, perteneciente al yacimiento de Bolinkoba (Abadiño).



Fig. 139. Incisivo de cabra con doble orificio. Pertenece al Magdaleniense de Praileitz (Deba). Lleva además pequeñas incisiones en los lados mesial y lateral.



Fig. 140. Incisivo de caballo con doble orificio. Pertenece al Magdaleniense de Ermittia (Deba). Lleva una decoración de surcos transversos en la parte lateral y labial del diente.

Muchas menos veces aparece como colgante un incisivo de ciervo. Lo vemos en el yacimiento de Bolinkoba (fig. 138).

El orificio de suspensión es en casos doble, como vemos en este ejemplar; de los tres existentes, de incisivo adulto de cabra montés del Magdaleniense de Praileitz I (fig. 139) y en otro de caballo del Magdaleniense de Ermittia (fig. 140). Ambos llevan como decoración surcos transversos. En la pieza de caballo se observa claramente cómo los surcos afectan a las partes lateral, mesial y labial del incisivo.

Por fin, para terminar con los dientes perforados, presentamos dos ejemplos en canino de zorro en la figura 141. El primero (a) pertenece al Gravetiense de Amalda y el segundo (b) al yacimiento de Urtiaga. En el primero el extremo de la raíz se ha roto a la altura de la perforación.

También otras partes de los Ungulados han sido adecuadas para ser utilizadas como colgantes. Así destaca un fragmento de hioideos de bóvido decorado, del Magdaleniense de Santa Catalina en Lekeitio (Berganza & Ruiz Idarraga, 2002), pero dado que contiene la figura de la cabeza de un bóvido, la dejamos para el capítulo de arte mobiliar (fig. 219).



Fig. 141. Dos caninos de zorro perforados. a, del Gravetiense de Amalda (Zestoa) y b, del Magdaleniense de Urtiaga (Deba). En el primero se ha roto el extremo de la raíz en la zona de la perforación.



Fig. 142. Diente de escualo fósil, hallado por los habitantes Solutrenses de Aitzbitarte IV (Erreteria) y trabajado en su base para ser utilizado como colgante.



Fig. 143. Conchas de *Littorina obtusata* utilizadas como colgantes. Magdaleniense de Urtiaga (Deba).

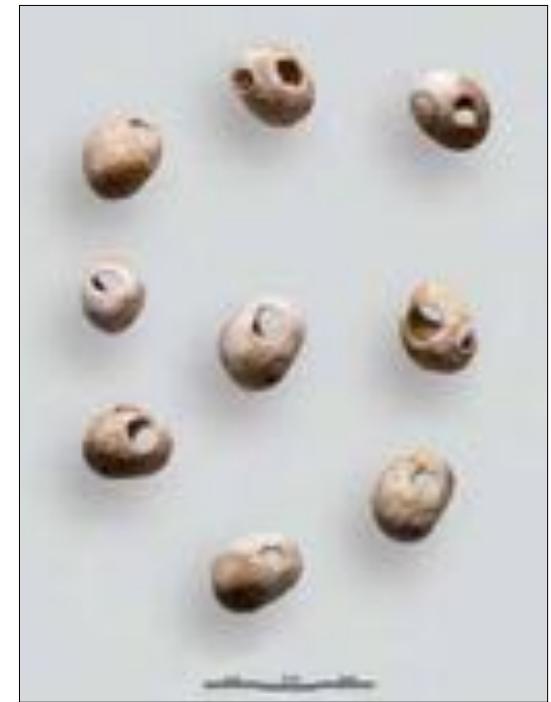


Fig. 144. Conchas de *Littorina obtusata* utilizadas como colgantes. Magdaleniense de Urtiaga (Deba).

Dentro de los Vertebrados, se han utilizado también dientes de escualos o tiburones, en casos hallados fósiles, tal como el que apareció en el nivel Solutrense de Aitzbitarte IV (fig. 142). Les llamó la atención en alguna correría de caza por el monte, lo recogieron y trajeron a la caverna. Practicaron en la base del mismo, por debajo del esmalte dentario, una ranura de estrangulamiento, análoga a la que hemos visto en uno de los caninos atróficos de ciervo (fig. 135) y fabricaron así un colgante extraordinario.

Otros vivientes utilizados para la fabricación de colgantes son los moluscos, tanto los gasterópodos, como los bivalvos. Es fácil que el color de las conchas cumpliera también un importante cometido. Naturalmente las que aparecen en los yacimientos han perdido ese color.

Entre los gasterópodos, *Littorina obtusata* viene a ocupar el lugar que ocupa entre los dientes el canino atrófico de los ciervos. Es, con mucho, la especie más utilizada para la fabricación de colgantes. Es de notar su nulo interés bromatológico, ya que su tamaño es diminuto. Era recogida solamente como adorno. Las figuras 143 y 144 muestran dos conjuntos de estos pequeños gasterópodos, con su orificio de suspensión, utilizados para tal menester. Ambos conjuntos pertenecen al Magdaleniense Inferior de Urtiaga. El orificio de suspensión, unido a la boca de la concha, facilitaba la entrada y salida del hilo suspensor. La figura 145 lo muestra claramente en tres ejemplares de la misma especie del yacimien-

Fig. 145. Conchas de *Littorina obtusata* utilizadas como colgantes. Puede observarse cómo puede pasar el hilo suspensor entre la boca natural de la concha del molusco y la perforación efectuada. Se ve también cómo el orificio se ha logrado mediante abrasión de la concha en el lugar donde se desea practicar aquél. Yacimiento de Bolinkoba (Abadiño).



to de Bolinkoba. En casos, como los de la figura, el orificio se ha practicado mediante roce, desgaste o abrasión de la concha con un canto áspero, que podía ser de arenisca.

La otra especie del mismo género *Littorina* abundante en nuestras costas, *Littorina littorea*, de notable mayor tamaño y consumida con frecuencia por nuestros antepasados, ha sido también, si bien en mucha menor medida, utilizada como colgante (fig. 146). El ejemplar de la figura pertenece al Magdaleniense Superior de Urtiaga.

Otros géneros de moluscos gasterópodos utilizados para la fabricación de colgantes son *Turritella*, *Trivia*, *Nassarius* y *Patella*. Todos ellos salvo el último, de nulo valor culinario por su pequeñez. Las figuras 147 y 148 muestran turritelas perforadas del Magdaleniense de Urtiaga y la 149 otros dos ejemplares perforados del Magdaleniense de Bolinkoba.

Las figuras 150 y 151 presentan ejemplares de *Trivia* también de Bolinkoba. Es de notar que en estos ejemplares de *Trivia* se practica una perforación doble para el paso del hilo y no se utiliza la boca de la concha para este fin. En la figura 152 mostramos un ejemplar de *Nassarius* de Lumentxa y en la 153 otro de lapa (*Patella*) del Magdaleniense de Urtiaga.



Fig. 146. Concha de *Littorina littorea* perforada para su utilización como colgante. Yacimiento de Urtiaga (Deba).



Fig. 147. Ejemplar de *Turritella* perforada del Magdaleniense de Urtiaga (Deba). El orificio de perforación lo han practicado en la voluta más próxima a la boca de la concha.



Fig. 148. Ejemplar de *Turritella* perforada del Magdaleniense de Urtiaga (Deba). Se muestra por el lado de la perforación y por el lado de la boca de la concha. Se observa cómo la perforación se ha hecho por desgaste.



Fig. 149. Dos ejemplares de *Turritella* del Magdaleniense de Bolinkoba (Abadiño).



Fig. 150. Ejemplar de *Trivia* del yacimiento de Bolinkoba (Abadiño). En este caso se practican dos orificios de suspensión, de forma que no se utiliza la boca de la concha para tal fin.



Fig. 151. Ejemplar de *Trivia* del yacimiento de Bolinkoba (Abadiño). (Ver pie de la figura anterior).



Fig. 152. Ejemplar de *Nassarius* del yacimiento de Lumentxa (Lekeitio).



Fig. 153. Ejemplar de lapa (*Patella*) del Magdaleniense de Urtiaga (Deba).



Fig. 154. Una de las conchas perforada del bivalvo *Cerastoderma*. Lumentxa (Lekeitio).



Fig. 155. Una de las conchas perforada del bivalvo *Chlamys*. Sta. Catalina (Lekeitio).



Fig. 156. Concha de bivalvo *Glycymeris* con orificio natural por desgaste erosivo.



Fig. 157. *Dentalium* o colmillo de mar. Molusco escafópodo utilizado como colgante, sin necesidad de practicar orificios, ya que posee dos naturales en sus extremos, para asegurar la nutrición (el mayor) y la evacuación de desechos (el menor).

Los moluscos lamelibranquios o bivalvos son utilizados como colgantes, con mucha menor frecuencia que los gasterópodos. Entre ellos contamos en nuestros yacimientos del País Vasco con ejemplares de *Cerastoderma* (=*Cardium*) y *Chlamys* (figs. 154 y 155), pertenecientes a los yacimientos de Lumentxa y Santa Catalina, ambos en Lekeitio.

En ocasiones estas conchas pueden tener un orificio que ha surgido por erosión natural como es el caso de la concha del bivalvo *Glycymeris* que presentamos en la figura 156. No debe confundirse con una perforación realizada por la actividad humana. De todas formas estas conchas podían ser recogidas y podían servir también como colgantes, pasando el hilo por el orificio natural. Lo veremos más abajo en el caso de algunos de los colgantes circulares o subcirculares de canto rodado de Praileaitz I en Deba.

Para terminar con la utilización de moluscos como colgantes no podemos dejar de mencionar otro grupo taxonómico de estos, como es el de los escafópodos. El género *Dentalium* o colmillo de mar, perteneciente a este grupo de escafópodos, les ofrecía dos orificios naturales de entrada de alimentos (el mayor) y salida de desechos (el menor), en ambos extremos de la concha (fig. 157). Tampoco esta especie, como *Littorina obtusata*, *Turritella*, *Trivia* o *Nassarius* tiene valor culinario. Se acudía a su recolección solamente con la finalidad del adorno.

Además hay que tener presente que la línea de costa, en los momentos en que se recogían estos moluscos para su utilización como adorno, estaba mucho más lejos de lo que está hoy, de los yacimientos en que han aparecido. La retención de grandes masas heladas sobre los Continentes tenía como contrapartida el descenso del nivel marino. Esas grandes masas de hielo, en Europa occidental por ejemplo, abarcaban todos los Países nórdicos, ocupaban el Norte de Alemania y Gran Bretaña y grandes zonas en torno a los Alpes y Pirineos. El nivel de las nieves perpetuas en el País Vasco se encontraba hacia los 1.200 m de altitud. Esto quiere decir que las cumbres de Aralar y Gorbea y más aun las del Pirineo navarro estaban durante todo el año bajo la nieve.

Por otro lado se calcula que en los momentos álgidos de la glaciación el nivel del mar había bajado unos 120 m bajo el nivel actual. Esto supone, habida cuenta de las curvas de

nivel submarinas de nuestra región, que la línea de costa, estaba alejada de nuestra costa actual unos 12 km. En zonas en que la plataforma continental es más extensa que en la Región Cantábrica, esta línea se alejaba muchísimo más. Así Gran Bretaña estaba unida al Continente europeo, ya que el mar del Norte no alcanza la profundidad de los 120 m. De ahí que haya fósiles de mamuts y rinocerontes lanudos en sus fondos.

Todo esto supone que los habitantes paleolíticos del País Vasco durante la última glaciación, en especial durante el Solutrense, fase más fría de la misma, tenían que recorrer entre ida y vuelta a la costa unos 24 km más de lo que tendrían que recorrer hoy para el mismo cometido. Así, si hoy la cueva de Aitzbitarte dista del mar 6,2 km (tomando como medida el punto más próximo en el puerto natural de Pasajes-Lezo), entonces distaba algo más de 18 km. Esto suponía una excursión de 36 km para recoger moluscos marinos.



Fig. 158. Colgante del Magdalenense de Praileitz I (Deba) en materia mineral: un canto rodado del próximo río Deba. Obsérvense los surcos transversos en ambos bordes.



Fig. 159. Colgante de Praileitz I (Deba). Obsérvese el rayado de la cara ancha, además de los surcos transversos indicados en la figura anterior.

La utilización de moluscos dulceanícolas para la fabricación de colgantes es sumamente reducida.

A fin de ver la relación existente entre los moluscos consumidos y los utilizados para la fabricación de colgantes, véase nuestro trabajo sobre los moluscos de Urtiaga (Altuna, 2010).

Dentro del mundo inorgánico utilizado como materia prima para la fabricación de colgantes, sobresale el extraordinario conjunto del Magdalenense de Praileitz I, en el que sobre 29 cantos rodados de color negro y de fina textura recogidos en las terrazas del próximo río Deba, realizaron otros tantos colgantes, muchos de ellos decorados mediante surcos regulares practicados principalmente en los bordes de los cantos (fig. 158), pero no exclusivamente, ya que hay trazos también en las caras planas (fig. 159). En casos estos últimos fueron objeto de amplia dedicación (fig. 160), mediante la combinación de líneas transversas entre las que realizaron otras oblicuas en dos direcciones.

El tratamiento de la decoración es similar, dentro de la heterogeneidad de formas que los cantos presentan. En efecto, los hay relativamente anchos (fig. 161), estrechos (fig. 162), circulares (fig. 163) y con formas sugerentes.



Fig. 160. Colgante de Praileitz I (Deba). Obsérvese la decoración compleja de la cara ancha.

Uno de estos últimos recuerda a un canino perforado de ciervo, si bien de dimensiones mucho mayores (fig. 164). Hemos visto al comienzo de este capítulo cuántos colgantes se han hecho en este diente atrófico. Por cierto este colgante de Praileitz ha sido decorado con las líneas análogas a las que anteriormente hemos citado (fig. 133), en los dos bordes laterales, en el entorno de la base y en una de las caras. Está fragmentado a la altura de la perforación.

Otro de los colgantes, de forma sugerente, es rombooidal y en él parece sugerirse una Venus paleolítica (fig. 165) (Peñalver, X., San Jose, S. & Mujika-Alustiza, J.



Fig. 161. Colgante de Praileitz I (Deba) del tipo ancho.



Fig. 162. Colgante de Praileitz I (Deba) del tipo estrecho.



Fig. 163. Colgante de Praileitz I (Deba) de tipo circular.



Fig. 164. Colgante de Praileitz I (Deba) semejante, en su forma, a un canino atrófico de ciervo. Lleva una decoración análoga al canino de ciervo de la figura 133, perteneciente al Solutrense de Bolinkoba (Abadiño).

A. 2006, 2017). No lleva decoración alguna de rayas, como es común en la mayor parte de las piezas salvo las circulares y algunas pocas más.

Algunos de los colgantes son naturales, en el sentido de que no han tenido que practicar el orificio de suspensión, porque éste venía dado de forma natural en el canto recogido (fig. 166). Pero los recogieron, pues podían servir como colgantes perfectamente.

En un lugar de la cueva, en la sala amplia que sigue al vestíbulo hacia el Sur, en un lugar relativamente circunscrito de la parte oriental de la misma, aparecieron 14 de estas cuentas. Tres de ellas eran del tipo circular o subcircular. No se encontraba entre ellas ni la que recuerda al canino de ciervo, ni la que ha sido interpretada como Venus. Este conjunto pudo formar un gran collar.

El orificio de suspensión de las cuentas se realizó a la manera como lo hemos indicado anteriormente (fig. 130), probablemente mediante un perforador de sílex. Preparado previamente el campo a taladrar; se actuaba desde ambas caras haciendo girar el perforador, por lo que los orificios guardan una sección bicónica, ancha junto a ambas superficies y estrecha en el centro del orificio o parte interior del canto.



Fig. 165. Colgante de Praileaitz I (Deba) que recuerda, según Peñalver, San José & Mujika (2006) una Venus Paleolítica.



Fig. 166. Colgante de Praileaitz I (Deba) con orificio de suspensión natural.

Arte mobiliar figurativo

Ya desde sus comienzos el arte tomó derroteros distintos, tales como la escultura, el grabado, el relieve, la pintura etc. Podemos distinguir de entrada dos vertientes claras: el arte mobiliar y el arte rupestre.

El arte mobiliar o mueble es el realizado sobre objetos diversos tales como hueso, cuerno, plaquetas de piedras o cantos rodados. Se denomina así porque se puede mover, se puede trasladar. A veces se limita simplemente a dibujar representaciones no figurativas sobre instrumentos de caza, hechos en cuerno o hueso, tales como azagayas o arpones. Otras veces las representaciones se hacen sobre objetos colgantes. Lo hemos visto repetidas veces en los apartados anteriores. En otras ocasiones se realiza sobre objetos no utilitarios, bien grabados sobre hueso o piedra, bien esculturas de piedra, hueso, cuerno o marfil.

El arte rupestre o parietal es el realizado sobre paredes rocosas tanto de cavernas y abrigos, como al aire libre. En el País Vasco solamente conocemos arte parietal en cavernas y abrigos. Los medios más empleados para ello son la pintura y el grabado. Esto es lo común dentro del arte rupestre paleolítico de la Europa Occidental.

Entre las representaciones, tanto de arte mueble como de arte parietal, las hay figurativas y no figurativas. Entre las primeras, las más abundantes son las que representan animales diversos de la época, tales como caballos, bisontes, uros, ciervos, renos, cabras monteses, sarrios y algunos carnívoros y peces. Menos numerosas son las representaciones humanas.

Entre las no figurativas existe una variedad enorme de muy difícil interpretación. Pueden ser simples líneas longitudinales, quebradas en zig-zag, onduladas, estrelladas, cerradas formando triángulos, rombos u óvalos etc. Lo hemos visto en diversos utensilios descritos anteriormente.

Siempre ha sido deseo de los prehistoriadores poder relacionar las obras de arte mueble con las de arte parietal. Entre otras cosas, porque el primero puede ayudar a datar el segundo. En efecto, independientemente de las dataciones absolutas tales como el C^{14} , las piezas de arte mueble salen en los estratos de un yacimiento, asociadas a otras piezas que permiten datar el estrato y por lo tanto la pieza en cuestión. En cambio las figuras rupestres se encuentran en paredes, por lo general independientes de los estratos del yacimiento, pudiendo pertenecer los artistas que las ejecutaron a cualquiera de los períodos del Paleolítico Superior. De ahí el interés y los intentos de relacionar ambas vertientes del arte. Así, mediante el análisis estilístico de las figuras, el arte mobiliar puede ayudar a datar el parietal.



Fig. 168. Cabeza de bisonte en relieve en un fragmento de bastón perforado de cuerno, del Magdaleniense Medio del yacimiento de Isturitz (Baja Navarra).



Fig. 167. Figuras de cabeza de caballo recortadas y dibujadas en hioideos de esta misma especie, pertenecientes al yacimiento de Isturitz (Baja Navarra).

Comenzaremos a describir la pieza más esplendorosa del arte mobiliar paleolítico del País Vasco meridional. En el septentrional una vez más Isturitz cuenta con uno de los conjuntos más excepcionales, no solo a nivel de nuestro País, sino a nivel de toda Europa. Las figuras 167, 168 y la figura 102, mostrada anteriormente al tratar de las varillas semicilíndricas, junto a muchas más, lo atestiguan sobradamente.

El hueso de Torre (Oiartzun)

En Oiartzun, en el barrio de Iturriotz, junto al caserío Torres hay un pequeño covacho, que tomó el nombre del caserío y que proporcionó una ulna del ala de un alcatraz común o alcatraz atlántico (*Sula bassana*). Esta hermosa ave llega aun a los acantilados de nuestras costas los inviernos, pero nunca anida en ellos. Sin embargo sí anidaba y era muy común en nuestros acantilados costeros de época glaciar. Hoy, para contemplarla adecuadamente hay que acudir a las islas de los mares del Norte. Las figuras 169 y 170 muestran estos alcatraces en la isla alemana de Helgoland en el mar citado. La 171 presenta la ulna misma del ave, perteneciente a un ejemplar que encontramos muerto en la playa de la Concha, el invierno de 1974.



Fig. 169. Conjunto de alcatraces en un acantilado de Helgoland (Alemania, Mar del Norte).



Fig. 170. Seis alcatraces adultos y dos crías fotografiados de cerca en el mismo lugar.



Fig. 171. Ulna de alcatraz hallado muerto en invierno en la playa de la Concha (San Sebastián).

La ulna del yacimiento de Torre apareció rota en dos fragmentos que casaban perfectamente, por lo que pudo recomponerse plenamente. Falta la epífisis distal, pero la proximal está casi completa. Mide cerca de 180 mm de longitud por una media de 9 mm de anchura. En toda la superficie de esta ulna, que por las medidas que hemos indicado es poco mayor que un bolígrafo, se realizó una verdadera obra de miniatura, que alberga una serie de animales frecuentemente cazados por los paleolíticos, además de un antropomorfo (figs. 172 y 173). El dibujo está tomado de un estudio excelente que efectuó al poco del descubrimiento I. Barandiaran (1971).

En este hueso se observan, de izquierda a derecha, es decir, de la zona proximal de la ulna a la distal de la misma, los siguientes animales: prótomos de un ciervo, un caballo, un sarrio, dos cabras monteses y un uro. Hay además, bajo el hocico del caballo, un antropomorfo. Otra serie de líneas de difícil interpretación, completan la figura. Las líneas del dibujo son netas y limpias. La misma superficie del hueso, como es típico en las aves, es muy liso y sin rugosidades. En la zona proximal en la que presentaba alguna, ha sido raspada para evitarla.

Veamos algunos detalles de este complejo conjunto.

El ciervo, el caballo y una de las cabras, la más detallada, miran hacia la izquierda del observador. El uro, el sarrio y el antropomorfo lo hacen hacia la derecha. La segunda cabra, la más esquemática, está de frente. Examinemos una a una las figuras.

En un lado de la zona proximal de la ulna hay un prótomo de **ciervo**. Muestra el arranque de la cuerna con los dos candiles basales, así como las dos orejas. Está bramando y el lacrimal lo tiene ensanchado. Una serie de trazos finos y cortos sombrean la cabeza y la parte dorsal del cuello y cruz del animal. Las figuras 174 y 175 muestran el dibujo y la foto del animal real.

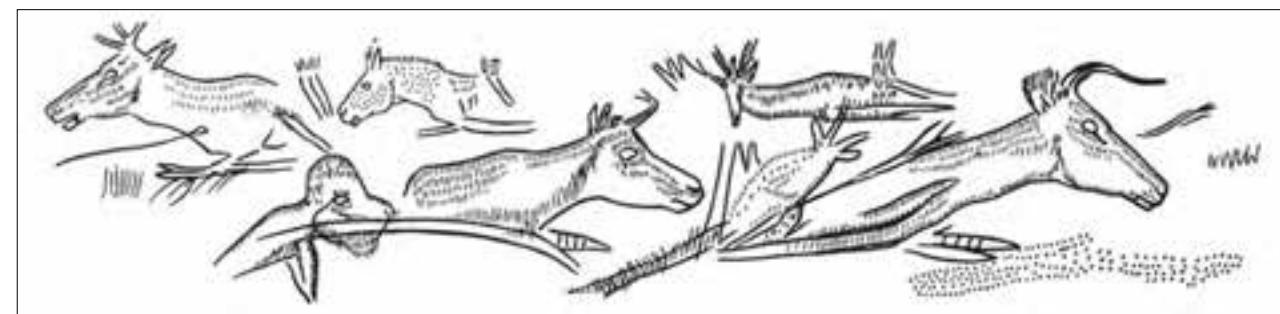


Fig. 173. Dibujo desplegado de los grabados del hueso de Torre (Oiartzun), (según I. Barandiaran, 1971). En él se ven, de izquierda a derecha, los siguientes animales: un ciervo, un caballo, un sarrio, dos cabras monteses y un uro. Hay además, bajo el hocico del caballo, un antropomorfo. Otra serie de líneas de difícil interpretación, completan la figura.



Fig. 172. Vistas diversas del hueso de Torre (Oiartzun), donde se aprecian parcialmente los grabados.

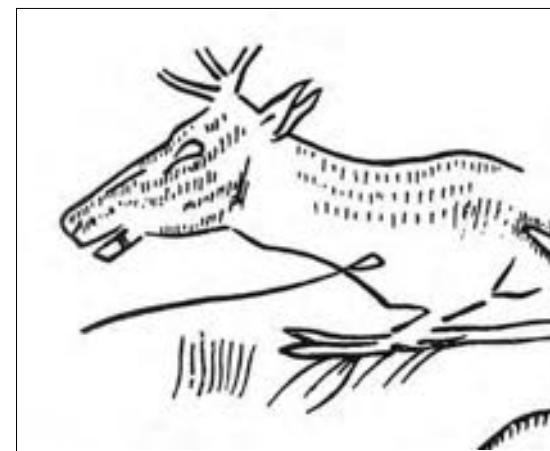


Fig. 174. Dibujo de ciervo en el hueso de Torre (Oiartzun). Está bramando y tiene el lacrimal hinchado.



Fig. 175. Fotografía de ciervo bramando, con las mismas características del ciervo del hueso de Torre (Oiartzun).

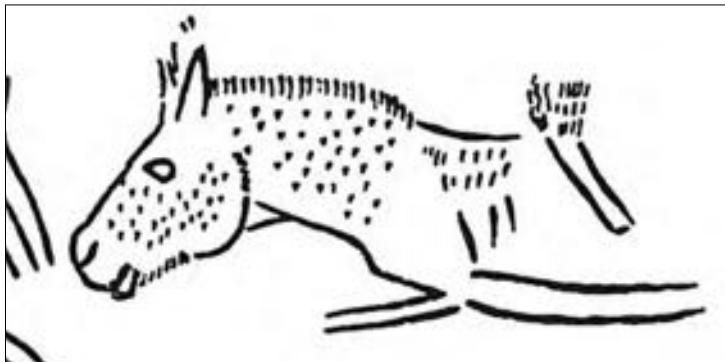


Fig. 176. Dibujo de caballo del hueso de Torre (Oiartzun). Obsérvese la zona punteada de cabeza y cuello, excepto la clara del hocico. Obsérvese también la crinera corta erizada.



Fig. 178. Cabeza de caballo de Przewalski, que guarda los mismos caracteres indicados en las figs. 173 y 176 (Zoo de Munich). La zona punteada del dibujo de Torre corresponde a la zona oscura del caballo.

Detrás del ciervo, a continuación, hay otro prótomo, esta vez de **caballo**. En su cabeza se han señalado el ojo, las orejas, el ollar o nariz y los belfos o labios. Unas finas líneas cortas indican la barba bajo la parte anterior de la mandíbula. Ésta lleva claramente indicada el gonia. La crinera es corta y enhiesta. Un serie de puntos, que analizaremos a continuación cubre una buena parte de la cabeza y el cuello.



Fig. 177. Cabeza de caballo de Ekain (Deba), con semejantes características.

Esta representación lleva las características del caballo del final del Paleolítico de la Región, tal como lo conocemos en las figuras rupestres de Ekain. Este caballo de Ekain, por otro lado, tenía en su librea algunos caracteres que le asemejaban al único caballo salvaje hoy existente en Asia Central (Mongolia principalmente): el caballo de Przewalski. Esta semejanza la hemos indicado en diferentes publicaciones (Altuna, 1978, 1996). Su cabeza y cuello eran oscuros, salvo el hocico. Los puntos señalados más arriba en el caballo de esta hueso representan estas características. La crinera por otro lado, era corta y enhiesta, como se ve también en el caballo de Torre. (figs. 176, 177 y 178).

A continuación y en parte bajo el caballo, hay otro prótomo, esta vez de un **sarrio**. Este animal, a pesar de ser cazado con frecuencia durante el Magdaleniense del País Vasco meridional, es pocas veces representado en el arte paleolítico, tanto rupestre como mobiliar. Un caso en el arte rupestre se da en la cueva de Altzerri (Altuna & Apellániz 1976 y Altuna 1996). En la ulna de Torre la forma de sus cuernos, además de otras características lo hacen inconfundible. Su contorno, sus cuernos, sus orejas, narina y boca están perfectamente dibujados y con gran realismo. Además se indica también mediante rayas las manchas oscuras que este animal lleva entre frente y hocico por un lado y entre frente y cuello, por otro, tal como son en la realidad (figs. 179 y 180).

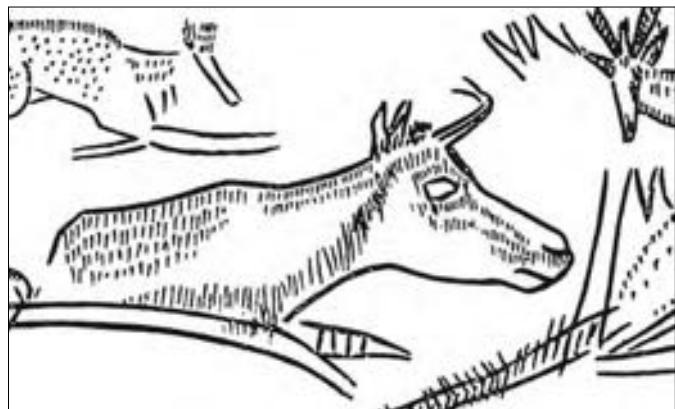


Fig. 179. Dibujo de sarrio del hueso de Torre (Oiartzun). Obsérvese el sombreado entre nuca y hocico por un lado y entre nuca y zona ventral del cuello por otro.



Fig. 180. Sarrio real con las mismas características indicadas respecto al sombreado (Parque Lacuniacha del Pirineo).



Fig. 181. Cabra montés con la cabeza vuelta hacia el espectador, como la del dibujo de hueso de Torre (Oiartzun), (Zoológico de Munich).

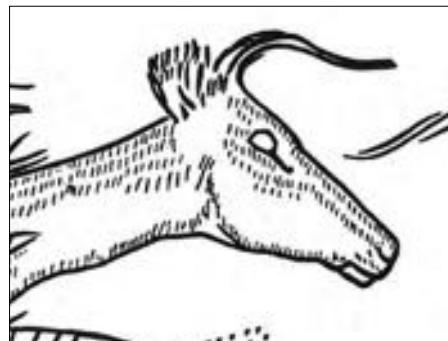


Fig. 182. Dibujo de uro en el hueso de Torre (Oiartzun).



Fig. 183. Dibujo de uro hembra en el Zoológico de Munich.

A continuación y un poco más arriba que el sarrio hay una **cabra montés** que mira de frente y bajo ella, otra en la misma posición, si bien más simplificada (fig. 173). Esta posición de las cabezas de cabras en perspectiva frontal es frecuente en el arte paleolítico, tanto mobiliar como rupestre (fig. 181). En ambos casos se representan bien las orejas del animal y el arranque de sus cuernos. En todo caso esta figura se aleja del realismo de las anteriores.

Por fin en el extremo opuesto del hueso, es decir en el extremo distal de la ulna hay un **uro** (figs. 173 y 182), representado en forma realista, como el ciervo, caballo y sarrio. Se han indicado claramente el cuerno, orejas, ojo con su lacrimal, nariz y boca. La finura de sus cuernos y hocico parece indicar un individuo hembra. Nuevamente vuelven a aparecer los trazos breves cubriendo buena parte de la cabeza y el cuello.

El uro, agriotipo o antecesor salvaje de nuestro bovino doméstico, fue abundante en nuestra Prehistoria (Altuna & Mariezkurrena, 2016 y 2017). Podemos comparar su realismo, como en los casos anteriores, con una figura dibujada en el Zoológico de Munich (fig. 183), donde se han hecho experiencias genéticas de "recreación" de esta forma salvaje.

Por fin y situado en parte bajo el vientre del ciervo y en parte bajo la cabeza del caballo, hay un **antropomorfo** (fig. 173). Como es común, en especial en las representaciones humanas de varones, la figura huye del realismo. Si los animales indicados, salvo una de las cabras son de un realismo claro, incluso en detalles de colorido del pelaje, el ser humano varón se aleja por lo común del mismo. Es claro que quien sabía dibujar de la manera como hemos visto ese ciervo, sarro, caballo y uro sabía hacerlo también a sus congéneres. Algo le llevaba a evitarlo. De ahí que no decimos hombre, sino antropomorfo, es decir, un ser con forma semejante a la de un hombre. De todas formas expresa algunos detalles como la inclusión de cabello y barba en la cabeza. También el ojo con sus pestañas, aunque aquél no está en su posición normal de perfil, como el resto de la figura, sino en una posición frontal. Sigue a esta cabeza el cuello y el tronco, del que parte hacia abajo el brazo hasta el codo. Una doble línea de difícil interpretación cruza su mandíbula.

Véase también el video 1, del hueso de Torre contemplado desde distintos lados.



Video 1. Hueso de Torre (Oiartzun).

Plaleta de Ekain (Deba)

Las excavaciones en la cueva de Ekain, a comienzos de los años 70 (Barandiaran & Altuna, 1977) proporcionaron, en su nivel Magdaleniense Superior, una plaleta en la que están representados una cabra montés, un ciervo y un caballo (fig. 184 y 185) (Altuna, 1996). En las figuras 186, 190 y 193 mostramos los tres animales por separado para poder exa-

minarlos mejor. La plaleta, en la zona que se conserva de ella, mide 15 cm del extremo superior (zona de la corona de la cuerna del ciervo) al inferior (patas de la cabra). Los animales se adaptan a la forma de la plaleta. Falta la parte izquierda de la misma y queda abierta la pregunta de si tales animales habían sido representados en su totalidad.



Fig. 184. Plaleta del Magdaleniense de Ekain (Deba).

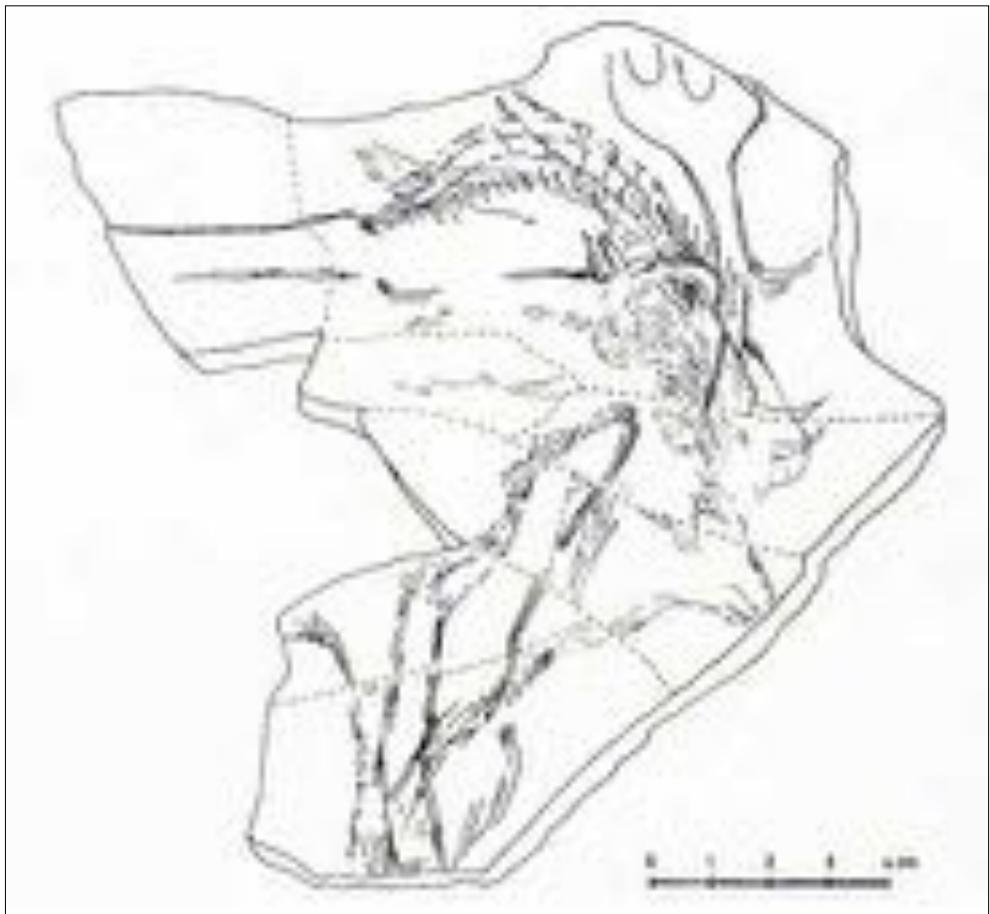


Fig. 185. Dibujos de la plaleta de Ekain (Deba).



Fig. 186. Dibujo de la cabra de la plaqueta de Ekain (Deba).

La cabra es la figura que mejor destaca. Es un macho y en él se ha dibujado algo más de la mitad anterior de su cuerpo (fig. 186). El animal mira hacia la derecha del espectador. Destaca la cabeza con los cuernos, las orejas y el ojo derecho. La cara viene sombreada mediante trazos cortos diversamente orientados. Los cuernos llevan claramente indicados los medrones, mediante interrupciones de las líneas longitudinales del cuerno, donde se insertan trazos transversales al mismo. Así indican la discontinuidad que provocan tales medrones. Sólo en los extremos distales de los cuernos la línea es continua, es decir, cuando terminan dichos medrones (fig. 187).

El curso de los cuernos indica claramente que se trata de la forma pirenaica y no de la alpina. Estos dibujos, junto con los del arte rupestre nos muestran que estas dos formas



Fig. 187. Trofeo de cabra alpina (Salzkammergut, Austria).



Fig. 188. Trofeo de cabra pirenaica (Cazorla).



Fig. 189. Cabra pirenaica (Gredos).

estaban ya claramente diferenciadas para el Magdaleniense. En efecto, la cabra alpina (fig. 187) presenta en sus cuernos una sola curvatura, dirigida hacia atrás y situada sobre un solo plano. Los cuernos de la forma pirenaica presentan en cambio dos curvaturas (fig. 188 y 189). Una de ellas está dirigida hacia atrás y la otra lo está hacia los lados y hacia arriba, no pudiendo situarse el cuerno sobre un plano. Vistas de frente, la cabra alpina muestra sus cuernos en forma de V. mientras que la pirenaica los muestra en forma de lira (Altuna, 1976). Las figuras 187 para la forma alpina y 188 para la pirenaica muestran en animales actuales lo que decimos.

En el resto de la figura, la línea dorsal indica claramente la cruz y se prolonga por la espalda hasta el comienzo del lomo. Está hecha con trazos múltiples relativamente largos. La línea ventral del cuello y pecho está realizada con múltiples trazos cortos, que modelan en parte esas regiones. El comienzo de la línea ventral se interrumpe antes de llegar al borde de la plaqueta. Las patas anteriores vuelven a mostrar trazos análogos a los de la espalda, salvo en la zona posterior de la pata derecha, donde son de nuevo cortos. Está indicada en su comienzo, la línea ventral.



Fig. 190. Dibujo del ciervo de la plaqueta de Ekain (Deba).



Fig. 191. Ciervo (Pagoeta).

El ciervo (fig. 190) está representado por la cabeza con su cuerna y el comienzo de la zona ventral del cuello. A excepción de su cuerna, ha sido trazado con una técnica de grabado más fina. La cuerna destaca claramente y se alza hacia arriba. Muestra dos candiles basales, los candiles medios de ambas ramas y por fin una amplia corona en su extremo distal (fig. 191). Ésta se ensancha notoriamente, cosa que se observa con frecuencia en estos animales (fig. 192). En la cabeza se indica el ojo con su lacrimal y la boca. Se representa también la línea ventral del cuello. Todo ello con trazos finos y relativamente cortos. En la figura conjunta de la plaqueta (fig. 185) la cabeza del ciervo queda más abajo que la de la cabra. El tallo de la cuerna corta el hocico de la cabra, y la zona del candil medio queda delante de su frente. El extremo distal o corona queda por delante del arranque de los cuernos de la cabra. No se distingue bien en su arranque de la cabeza, la base o roseta de la misma.



Fig. 192. Trofeo de ciervo con cuerna algo palmeada (Schloss Moritzburg, Sajonia, Alemania).



Fig. 193. Dibujo del caballo de la plaqueta de Ekain (Deba).

Por fin se acierta a ver una parte anterior de **caballo** (fig. 193). Es la figura más esquemática de las tres. Se distingue la especie, por la crinera enhiesta que lleva, hecha con trazos subverticales cortos. Tras ella continúa una línea doble que llega hasta la cruz y sigue un poco más allá, hasta el borde de la plaqueta. Se ha dibujado también en forma incompleta la cabeza. No se ha dibujado el ojo. El hocico ha sido indicado con una simple línea sin ningún detalle más. No se ha dibujado ni nariz ni boca. Además la línea del hocico queda interrumpida en la parte anterior de la mandíbula. Hay luego una línea múltiple de trazos bastante largos que parece indicar la parte ventral del cuello y el pecho, hasta el arranque de la pata. Esta línea es poco afortunada, pues se adelanta demasiado respecto al lugar que le corresponde. Este hocico queda por delante y un poco por debajo del de la cabra. La crinera corre por debajo de los cuernos de la cabra (fig. 185).

Una datación radiocarbónica del estrato inmediatamente inferior dio la edad de C14 de 12.050 ± 190 BP.



Video 2. Plaqueta de Ekain (Deba).

Véase también el video 2, que muestra la plaqueta, contemplada desde distintos lados.

Recorte de ave de Ekain (Deba)

En las últimas excavaciones realizadas por nosotros en Ekain durante los años 2008 a 2011 se ha dado un hallazgo singular, plasmado en un contorno recortado en costilla de gran bovino, previamente hendida y lijada su parte interna esponjosa (Altuna et al. 2012), (Altuna & Mariezkurrena, 2013). Este recorte representa un ave, siendo ésta la primera vez que aparece este motivo en un “contour découpé”, ya que en este tipo de objeto, realizado por lo general en hioídes de caballo, han sólido representarse cabezas de caballo, bisonte, cabra, sarro, cierva y ocasionalmente peces (fig. 194 y 195). La longitud de la pieza tiene 66,2 mm de longitud. Su anchura es de 19 mm y su grosor de una media de 3,4 mm. Este grosor varía de la parte anterior del ave a la posterior. La parte anterior está más desgastada que la posterior. Ésta es por tanto la más gruesa. De ahí que en la parte posterior de la cara interna se vean aun algunos alvéolos de la parte esponjosa del hueso, los cuales han desaparecido del todo en la parte anterior.

La pieza está profusamente labrada por ambas caras.

El ave está representada según una perspectiva torcida. La cabeza aparece vista de perfil, en tanto que el cuerpo está visto desde abajo (o arriba). Solo así pueden verse las dos alas a la vez. Esto hace que la figura no sea simétrica por ambas caras, pues no se han representado, como en los contornos recortados típicos, los lados derecho e izquierdo del animal, sino el dorso y vientre del mismo.

Cara exterior (fig. 194). En toda la zona del cuello y parte anterior del cuerpo del ave hay una serie de incisiones longitudinales y transversas. Las alas las lleva aplicadas al cuerpo y bien señaladas mediante sendos surcos entre éste y aquéllas. En el borde exterior

de las mismas lleva 5 recortes en el ala “superior” y 6 en el ala “inferior”, originando un borde festoneado. Los extremos posteriores de las mismas están separados del cuerpo y rotos parcialmente. Entre los surcos citados entre cuerpo y alas hay tres incisiones profundas transversas. Entre estas tres incisiones hay otras 8 cortas perpendiculares a las anteriores.

Detrás de estas incisiones hay 12 más en ángulo o cuña, alineadas y ordenadas en tres hileras longitudinales de cuatro ángulos. La serie posterior está parcialmente rebajada por el recorte oblicuo que cierra la pieza. Fueron realizadas antes de llevar a cabo tal recorte. Éste ha sido realizado mediante varias incisiones subparalelas en una y otra cara de la costilla, para luego cortarla por flexión.

Las incisiones más profundas muestran en su fondo, cada una de ellas, varias líneas estrictamente paralelas, que indican que el instrumento utilizado para realizarlas tenía el extremo algo irregular como puede ser un buril con microdenticulaciones.

Cara interior (fig. 195). En el borde ventral de la cabeza, es decir en mentón y garganta, hay 5 incisiones cortas oblicuas, regulares. Las alas están marcadas en forma análoga a las de la cara externa, si bien mediante surcos más estrechos.

Entre estos dos surcos hay 7 líneas transversas semejantes a las tres de la cara externa, si bien más finas.

Identificación. La identificación del ave es difícil. Tan difícil como otros casos de aves en el arte prehistórico. Las aves son mucho más numerosas que los macromamíferos y no se “prestan” a ser modelos con el estatismo con que se presentan éstos.



Fig. 194. Recorte de ave hallado en el Magdaleniense Medio de Ekain (Deba), en costilla de gran bóvido. Cara interna de la costilla.



Fig. 195. Recorte de ave de Ekain (Deba) en costilla de gran bóvido. Cara externa de la costilla.



Fig. 196. Comparación de actitudes en el recorte de Ekain (Deba) y en el martín pescador (*Alcedo atthis*).



Fig. 197. Ganso (*Anser anser*) con peculiaridades que pueden observarse en el recorte de Ekain.

En el presente caso uno tiende a ver un ave en actitud de zambullirse en el agua, a la manera como lo hace el martín pescador (*Alcedo atthis*) (fig. 196), debido a las alas plegadas al cuerpo, pero habría que saber si ese plegamiento indica tal cosa o es simplemente la imposibilidad de extender tales alas fuera del ámbito limitado de la costilla.

Por la actitud general recuerda a las anátidas. Las rayas en cuello y alas del ganso (*Anser*) pueden recordar lo mismo (fig. 197). También el final de las plumas timoneras, que se unen a las patas palmeadas en el vuelo, recuerda al remate posterior del ave de Ekain. La silueta de los extremos de las plumas puede haber sido recogida mediante el festoneado que hemos indicado en el reborde exterior de las alas.

En todo caso en la morfología externa de diferentes aves pueden verse particularidades que recuerdan a las que observamos en el ejemplar de Ekain, en especial en el colimbo ártico o el colimbo grande (*Gavia arctica* o *G. immer*) (fig. 198). Tanto *Anser anser* como *Gavia arctica* han aparecido entre los restos de avifauna de yacimientos prehistóricos vascos. Las citas más proximas a Ekain son la de *Gavia arctica* en el Magdaleniense de Isturitz y la de *Anser anser* en el de Urtiaga y Santimamiñe.



Fig. 198. Comparación de colimbo ártico (*Gavia arctica*) con el recorte de Ekain.

Cronología. Contiguo al hueso de ave y en contacto con él había otro hueso no determinable, pero sin trabajo alguno, que ha sido datado por C¹⁴ AMS en 13.862 ± 129 BP (U-13108), CAL (95,4%) 15.050 – 14.100 BC, perteneciente por tanto al Magdaleniense Medio, en su fase antigua. Como es sabido, en el yacimiento próximo de Isturitz, situado a 70 km en línea recta del nuestro, la magnífica serie de contornos recortados en hioídes de caballo pertenece a esta misma época. Lo mismo decir de otros casos del Pirineo francés o la Región Cantábrica.

Véase el video 3.

Video 3. Recorte de Ave de Ekain (Deba).

Otras piezas de arte mobiliar

Plaqueta de Urtiaga (Deba)

En las excavaciones llevadas a cabo por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiaran en la cueva de Urtiaga (Deba), entre 1928 y 1936 (Barandiaran, J. M. de, 1947), apareció una plaqeta de arenisca en el nivel Magdaleniense, de la que se han encontrado posteriormente otros trozos que le pertenecen. Esta plaqeta representa:

En uno de sus lados, un reno, casi completo, a falta de la parte posterior con sus patas (fig. 199, A, fragmento izquierdo zona superior y fig. 200, A). Lleva bien grabada la cornamenta y las orejas. En la cabeza no ha sido representado el ojo. En la parte ventral del cuello se indicado la pilosidad que este animal lleva en esa zona. Su porte, con el cuello y la cabeza bajos desde la cruz, a diferencia del ciervo, indican claramente que se trata de este animal nòrdico (fig. 201), que era relativamente frecuente en nuestra tierra durante la última glaciaciòn. Hay algunos trazos màs sobre el reno y tras él, que son de dificil interpretaciòn.



Fig. 201. Reno actual en el parque pirenico de Lacuniecha (Huesca).



Fig. 199. Plaqueta del Magdaleniense de Urtiaga (Deba). A, zona superior derecha, reno. B, zona superior izquierda, cabra.

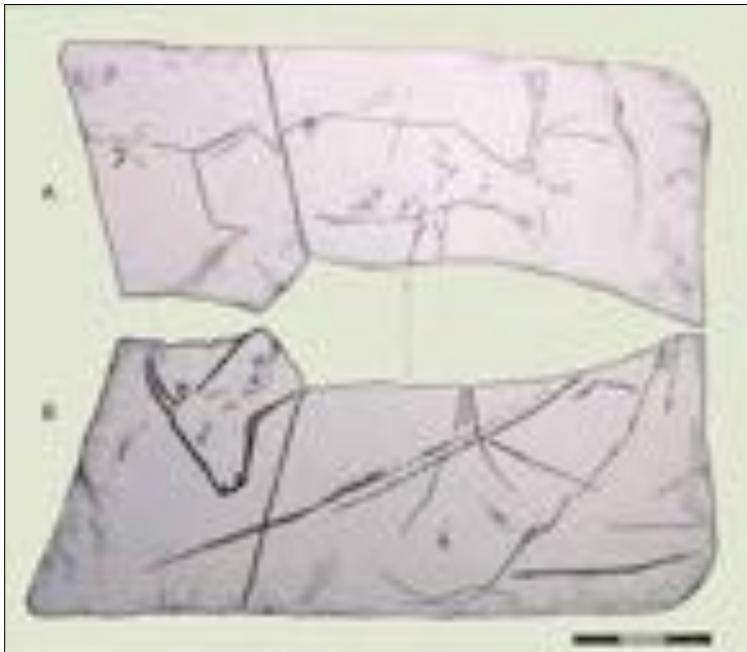


Fig. 200. Calco de las figuras de la plaqeta de Urtiaga (Deba), segùn I. Barandiaran (1972).



Fig. 202. Cabra alpina en el parque zoológico de Munich.

En el otro lado de la plaqueta se ha representado una cabeza y cuello de una cabra (fig. 199, B, parte superior izquierda y fig. 200, B). Ha sido realizada con un grabado más profundo que el del reno. Se trata de un ejemplar hembra o de un cabritillo, como indica su cuerna, mucho menos desarrollada que en los machos adultos de la especie (fig. 202). Debajo de la cabra hay otro cuerpo, sin cabeza, de animal no reconocible.

Ver video 4.



Video 4. Plaqueta de Urtiaga (Deba).

Canto de Urtiaga (Deba)

En el mismo nivel Magdaleniense del yacimiento de Urtiaga y en las mismas excavaciones citadas en el caso anterior, apareció también un canto de caliza en una de cuyas caras aparece un prótomo de caballo (figs. 203 y 204) finamente grabado. En cabeza y cuello se representó la crinera y algunos detalles del hocico. No se representó el ojo ni la oreja, al menos en forma conspicua, y a menos de que alguna de las líneas de la parte anterior de la crinera la represente. Aparecen también grabados la línea dorsal y la ventral del cuello y pecho.

Al otro lado del canto hay también grabado un animal de difícil determinación.



Fig. 203. Canto de caliza del Magdaleniense de Urtiaga (Deba), con un grabado de prótomo de caballo.

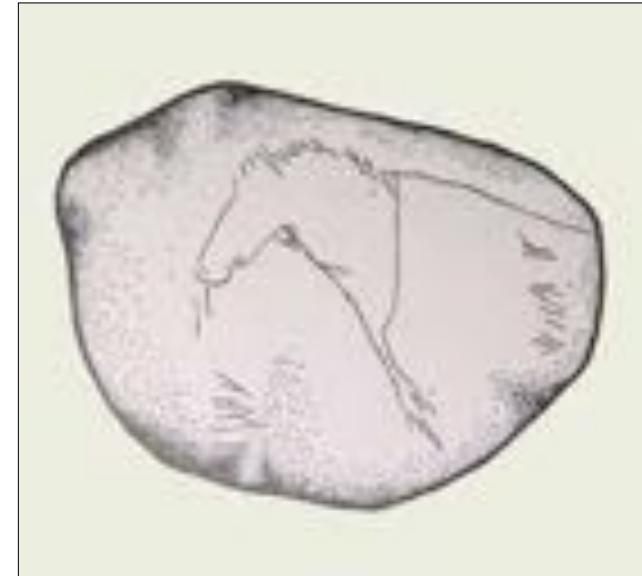


Fig. 204. Calco del canto de caliza de Urtiaga (Deba), según I. Barandiaran (1972).

Canto de hematites de Urtiaga (Deba)

Así mismo en Urtiaga y en el mismo nivel y procedente de las mismas excavaciones se descubrió un pequeño canto o plaqueta de hematites roja, que representa en uno de sus lados un caballo completo, a falta de la parte distal de sus patas (figs. 205 y 206). En otro lado lleva también una serie de rayas de difícil interpretación.

En el canto se observan estrías, que parecen provenir del hecho de haber sido el canto utilizado como útil para colorear de rojo.



Fig. 205. Plaqueta de hematites del Magdaleniense de Urtiaga (Deba), con grabados varios entre los destaca un caballo.

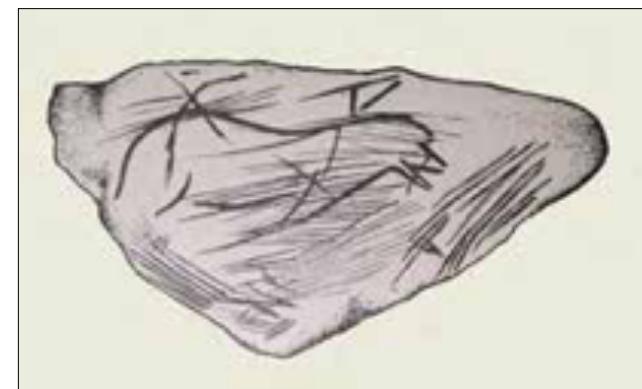


Fig. 206. Calco de la plaqueta de hematites de Urtiaga (Deba), según I. Barandiaran (1972).

Compresor de Urtiaga

También en Urtiaga y procedente de las mismas excavaciones y del mismo nivel, existe un fragmento de compresor en un canto plano, decorado por ambos lados (figs. 207 y 208). El compresor es un útil que servía para la obtención de lascas o para el tallado de piezas líticas.

En uno de esos lados (figs. 207, B y 208, B), está representada la parte superior frontal de una cabeza de uro, vista de frente, con sus cuernos y el mechón de pelos existente entre los mismos.

En el otro lado (figs. 207, A y 208, A) hay una serie de grabados entre los que destaca, en la parte izquierda de la figura y en forma invertida en las figuras que presentamos, el cuello y cabeza de una cabra con sus cuernos, vistos de frente, tal como es frecuente verlos representados en el arte Magdaleniense. Se trata también de un ejemplar macho, a juzgar por la longitud de sus cuernos. Al cuerno izquierdo se la ha aplicado una pequeña inflexión, que parece responder a la doble curvatura de la cabra pirenaica, de la que hemos hablado más arriba.

Hay otra serie de grabados en la misma zona, difícil de interpretar. La rotura existente en esa parte del compresor impide descifrar el resto de grabados, que parecen hechos con detalle, pero que a falta de su desarrollo, impedido por la rotura de la pieza, no es fácil determinar.



Fig. 207. Compresor del Magdaleniense de Urtiaga (Deba) con figuras de un frontal de uro y una cabra.

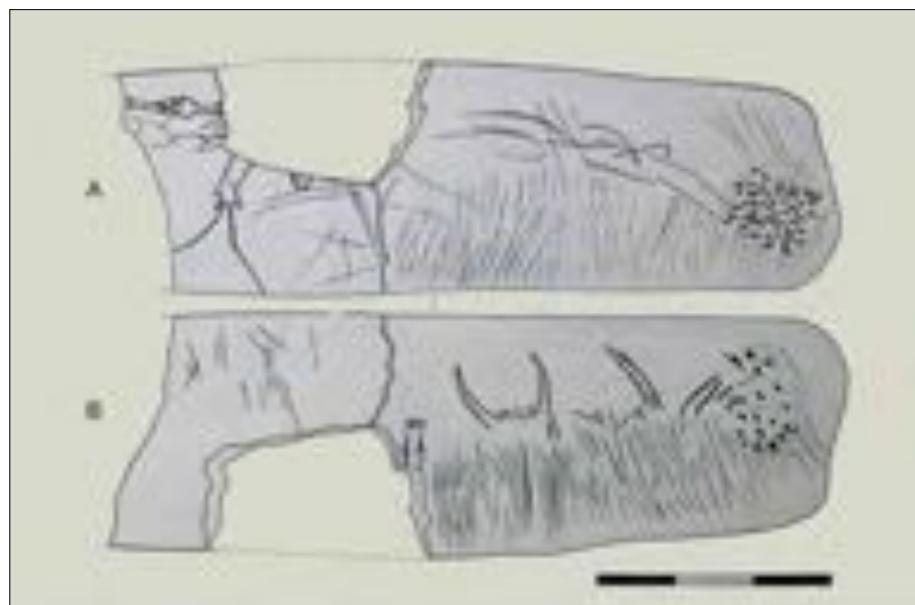


Fig. 208. Calco del compresor anterior, según I. Barandiaran (1972).

Canto de Ermittia (Deba)

En el nivel Magdaleniense del yacimiento de Ermittia, excavado también por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiaran, entre los años 1924 y 1926 (Aranzadi, T. de & Barandiaran, J. M. de 1928), apareció un pequeño canto aplanado y alargado, utilizado como compresor; que lleva en una de sus caras un grabado fino que representa un caballo al que le falta la cabeza (fig. 209). En el lado opuesto de este compresor hay también unas líneas que representan una figura animal de difícil determinación.

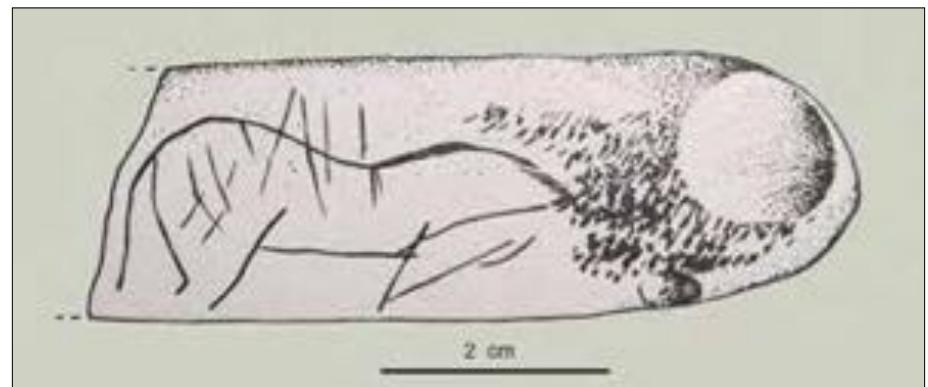


Fig. 209. Canto-compresor del Magdaleniense de Ermittia (Deba), con figura de caballo, según I. Barandiaran (1972).

Canto de Bolinkoba (Abadiño)

En este yacimiento vizcaíno, excavado también por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiaran, en 1932-1933, y en su nivel Magdaleniense Medio, apareció un canto alargado, utilizado también como compresor; en una de cuyas caras se grabaron muy finamente dos cabras, una a continuación de la otra (figs. 210 y 211). La primera carece de patas. La segunda lleva la pata delantera y le falta la trasera. La doble curvatura de sus cuernos muestra que se trata de dos machos de la forma pirenaica. Véanse las figs. 187 y 188, además de lo que hemos dicho respecto a la diferenciación de las formas alpina y pirenaica al hablar de la plaqueta de Ekain.

La cabra de delante, lleva bien marcada la barbilla, como corresponde a su condición de animal macho (fig. 212).



Fig. 212. Trofeo de macho de cabra pirenaica con la barbilla (Sierra de Cazorla).



Fig. 210. Canto-compresor del Magdaleniense Medio de Bolinkoba (Abadiño), con dos cabras grabadas.

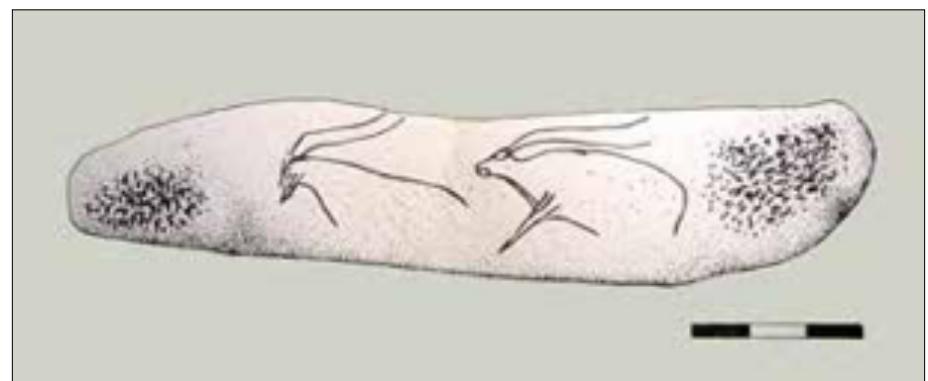


Fig. 211. El mismo canto-compresor con las cabras, según I. Barandiaran (1972).

Canto-percutor de Santimamiñe (Kortezubi)

Se trata de un canto rodado, utilizado también como compresor, procedente de las excavaciones de T de Aranzadi y J. M. de Barandiaran en Santimamiñe practicadas entre 1927 y 1934 (Aranzadi, T. de & Barandiaran, J. M. de., 1935). Apareció en su nivel Magdaleniense Superior y contiene una serie de líneas grabadas muy finamente, entre las que se distinguen dos zorros contrapuestos (figs. 213 y 214).

El zorro superior de la figura, en la posición en que la presentamos, es el más completo de ambos y llega a distinguirse muy bien. Está prácticamente completo, a falta de su hocico y extremos distales de sus patas.

El zorro contrapuesto, vientre arriba en la figura, es incompleto. Lleva bien marcadas las orejas, y menos el cuello y la línea ventral. Le faltan las patas y el cuarto trasero con la cola.



Fig. 213. Canto-percutor del Magdaleniense Superior de Santimamiñe (Kortezubi), con grabados finos de dos zorros.

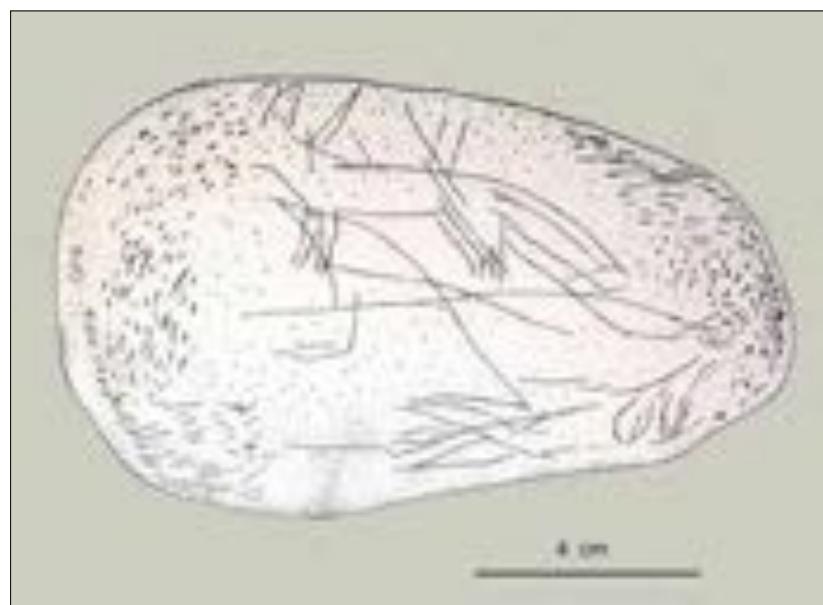


Fig. 214. El mismo canto con el dibujo de los zorros, según I. Barandiaran (1972).

Placa de hematites de Lumentxa (Lekeitio)

Fue hallada en el nivel Magdaleniense Superior de la cueva de Lumentxa, excavada por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiaran entre 1926 y 1929. Se trata de una pequeña placa de hematites roja, grabada en ambas caras (figs. 215 y 216).

En una de las caras y realizado mediante un grabado profundo, aparece una silueta de caballo, prácticamente completa, a falta de los cascos. Lleva bien marcada la separación de crinera y línea dorsal del cuello. En la cabeza no lleva más detalles. Sobre este caballo existe otro incompleto, al que le falta el dorso y la mayor parte de la cabeza. De ésta solamente se ha trazado, simplemente, la línea ventral mandibular.

En la otra cara, con el mismo tipo de grabado, más profundo aun en la separación de cuello y crinera, se ha representado el cuello y cabeza de otro caballo.

Otra serie de líneas más finas cruzan las figuras mencionadas, tanto en un lado como en el otro.



Fig. 215. Plaqueta de hematites del Magdaleniense Superior de Lumentxa (Lekeitio) con grabados de dos caballos. El de un lado de la placa está casi entero y el del otro lado muestra solamente la cabeza y el cuello.

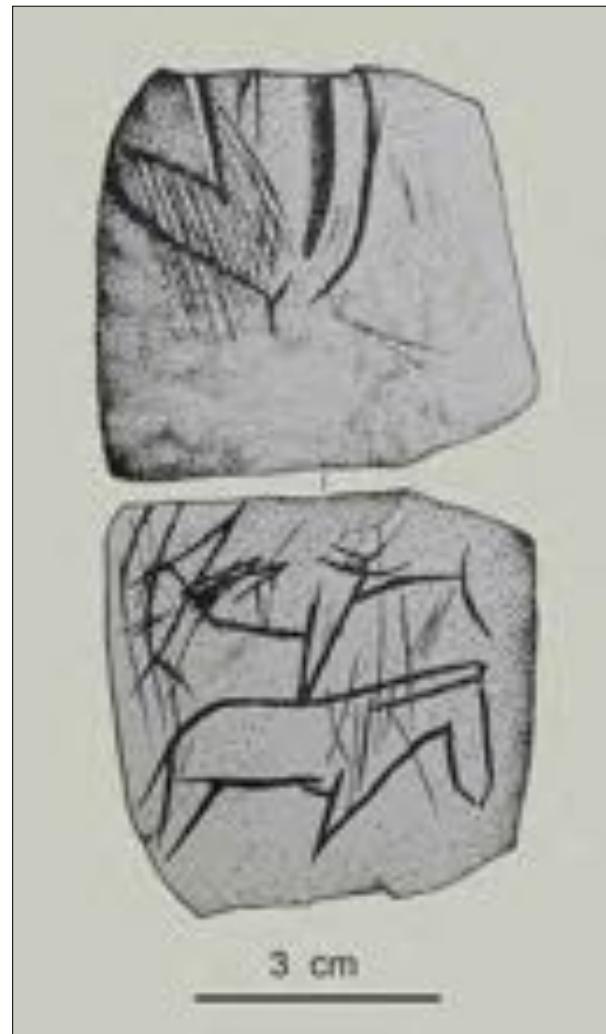


Fig. 216. La misma placa de Lumentxa con los grabados, según I. Barandiaran (1972).

Plaleta de Antoliñako Koba (Gautegiz Arteaga)

En las excavaciones practicadas en esta cueva por M. Agirre entre 1995 y 2008 (Agirre, M. & González Sainz, C., 2011), en un nivel Gravetiense, apareció una plaleta de arenisca, utilizada como abrasionador, que lleva grabada una cierva (figs. 217 y 218). El abrasionador es un elemento utilizado en la producción de láminas. La datación de la zona donde apareció la plaleta ronda en torno a los 27.000 años BP. Es por tanto una de las piezas de arte mobiliar figurativo más antiguo del País Vasco meridional.

La figura de la cierva se reduce a representar la cabeza con sus dos orejas, muy simplemente trazadas, ya que se reducen a dos líneas, el cuello del animal, que en su zona ventral superior penetra en la zona mandibular y el pecho hasta la zona en la que comenzaría la pata anterior.



Fig. 217. Canto-abrasionador de Antoliñako Koba (Gautegiz Arteaga) con el grabado muy fino de la parte anterior de una cierva.



Fig. 218. Dibujo del prótomo de cierva del canto-abrasionador del nivel Gravetiense de Antoliñako Koba.

Fragmento de hioides de Sta. Catalina (Lekeitio)

En el nivel Magdaleniense Superior del yacimiento de Sta. Catalina, excavado por E. Berganza y J. L. Arribas entre 1982 y 2000, apareció un hioides perforado, probablemente para ser usado como colgante, que lleva una serie de líneas grabadas por ambas caras (Berganza & Ruiz Idarraga, 2002) (figs. 219).

La pieza es notoria y está fragmentada en sus tres ramas. Justamente donde se encuentra la fragmentación de la rama larga aparece una cabeza de bóvido vista de frente (en la parte inferior de la figs. 219 y 220). De ella se ve el lado izquierdo con el hocico, el cuerno, la oreja y la pilosidad frontal. Otra numerosa serie de surcos cruzan las dos caras del hueso. El orificio de suspensión se encuentra en el encuentro de las tres ramas del hioides.



Fig. 219. Colgante en hioides de gran bóvido del Magdaleniense Superior de Santa Catalina (Lekeitio), con un orificio de suspensión y una profusa decoración. Destaca una cabeza de bóvido, dispuesta de frente, con su hocico, cuerno, oreja y pilosidad frontal. Está situada justo en la rotura de la rama mayor.

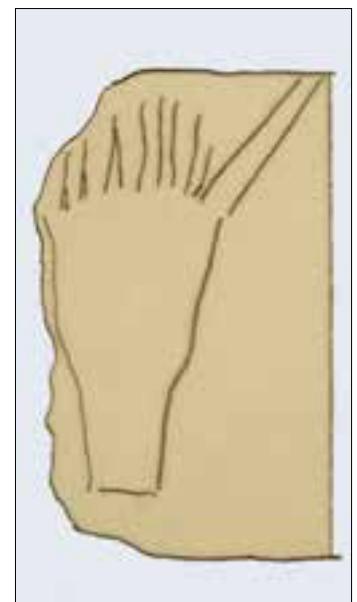


Fig. 220. Grabado de cabeza de gran bóvido del hioides de la figura anterior.

Cincel en cuerno de ciervo de Berroberria (Urdazubi)

Se trata de un cincel, que ha servido también como compresor, procedente del Magdaleniense del yacimiento navarro de Berroberria, excavado por J. Maluquer de Motes (1965) (fig. 221).

El cuerno está alisado en su extremo y a ambos lados de ese alisado se encuentran las figuras. Se trata de tres animales realizados mediante un grabado profundo. Por un lado del desgaste se ha representado un ciervo y por el otro otros dos animales menos fáciles de determinar. Para su representación se ha preparado el cuerno en dos zonas, consistentes en sendos rebajamientos de la superficie córnea.

En una de estas zonas preparadas se ha representado la parte superior de una cabeza de ciervo con el ojo y una magnífica cornamenta. Ésta lleva en la base tres candiles, de los que dos pueden pertenecer al cuerno izquierdo y uno al derecho. Más arriba lleva el candil medio, esta vez solamente el del cuerno izquierdo y por fin en el extremo de la cuerna se ha representado muy bien la corona. Parecen participar en ella las coronas de los cuernos.

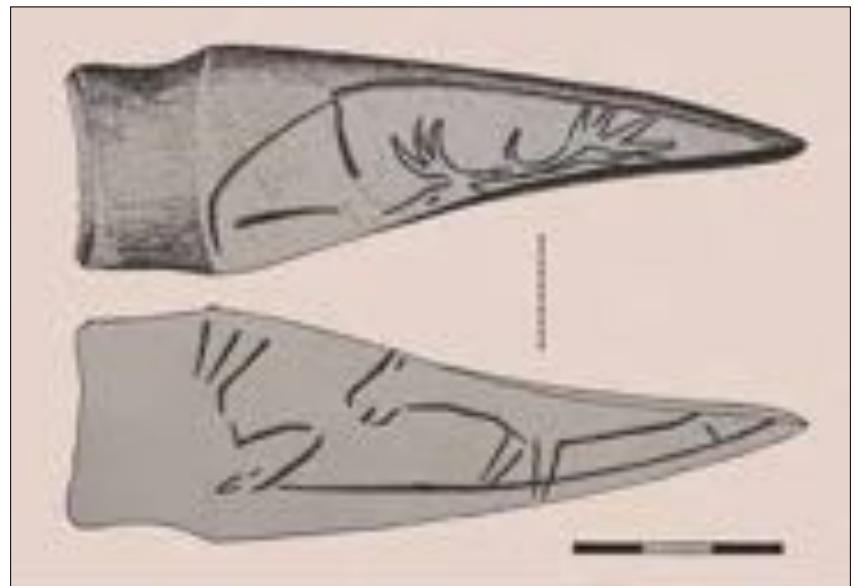


Fig. 221. Cincel de Berroberria (Urdazubi) con un ciervo grabado (según I. Barandiaran, 1972).

Otras manifestaciones artísticas

Dentro de las manifestaciones artísticas del hombre paleolítico, independientemente del arte rupestre y el mobiliar, del que hemos tratado, hay otras de las que no nos ha quedado absolutamente nada. Así por ejemplo de la danza, distintas manifestaciones del adorno corporal además de los colgantes y ni qué decir de la tradición oral en sus múltiples aspectos.

Sin embargo llegamos a conocer algo de su música. Así tenemos entre nosotros un silbato aparecido en Bolinkoba (fig. 222). Se desconoce el nivel del que proviene. Se trata de un cilindro de hueso en forma de tubo, que lleva un orificio central a modo de silbato.

Fuera del País Vasco meridional, de nuevo nos encontramos en el extraordinario yacimiento de Istaritz, con flautas como la que exponemos en la fig. 223. La parte que se conserva lleva tres orificios. La flauta aparece rota en uno de sus extremos, por uno de ellos. Pertenece probablemente a un nivel Gravetiense.

Flautas de este tipo se conocen en diversos yacimientos europeos, entre los que destacan algunas cuevas de la cuenca alta del Danubio, como la de Geissenklosterle, donde hay varias flautas y la de Hohle Fels, donde, entre otras, existe una que conserva cinco agujeros (fig. 224). En ambos yacimientos estas flautas pertenecen a niveles Auriñacienses. Han sido construidas en huesos largos de aves.



Fig. 222. Hueso en tubo con orificio, probable silbato, del yacimiento de Bolinkoba (Abadiño).



Fig. 223. Flauta en hueso de buitre, en el que se conservan tres agujeros, del Gravetiense del yacimiento de Istaritz (Baja Navarra).



Fig. 224. Flauta en la que se conserva cinco agujeros, del Auriñaciense de Hohle Fels (Cuenca del Alto Danubio).



Fig. 225. Bramadera del nivel Azliense de Aitzbitarte IV (Erreenteria).

Y para terminar, si no instrumento musical, sí al menos instrumento sonoro, queremos citar la magnífica bramadera de Aitzbitarte IV, hallada en el nivel Azliense de las excavaciones que J. M. de Barandiaran dirigió en esta cueva entre 1960 y 1964 (fig. 225). Se trata de un instrumento alargado, aplanado y elíptico o fusiforme, fabricado en un fragmento de costilla hendidita, cuya superficie interna había sido previamente pulida. Lleva un orificio en uno de sus extremos. Justamente la pieza está rota en ese extremo, que viene a ser muy frágil, como lo es el orificio de las agujas de las que hemos tratado en otro apartado de este libro. El otro extremo está aguzado. En el orificio mencionado se engarza un hilo o cuerda y se le hace girar como una honda (fig. 226). El objeto experimenta así un doble giro. Uno en torno a la persona que los hace girar y otro sobre el eje de la misma bramadera. Esta doble rotación produce un sonido característico, que podía servir también como aviso a distancia.

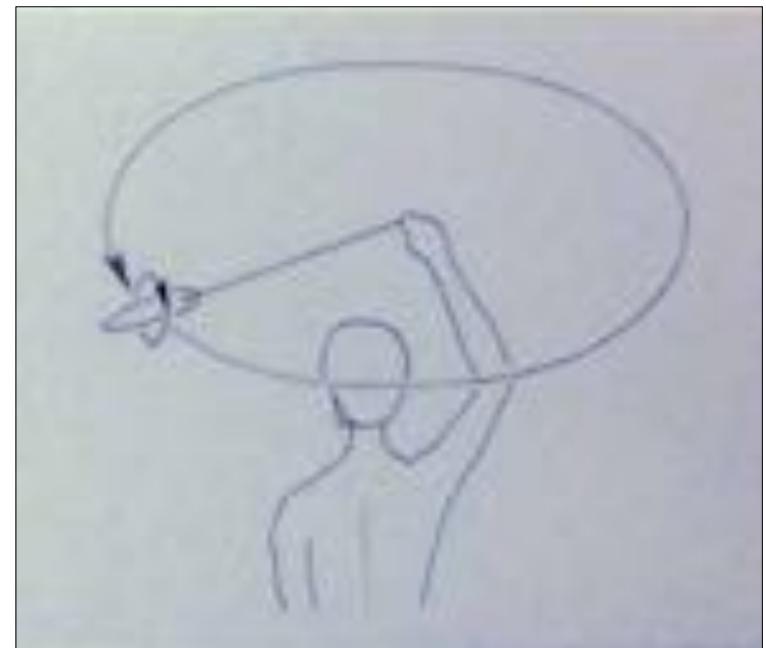


Fig. 226. Forma de usar la bramadera (Musée d'Archéologie nationale de Saint-Germain-en-Laye).

Bibliografía

Agirre, M. & González Sainz, C. 2011. Canto con grabado figurativo del Gravetiense de Antoliñako Koba (Gautegiz-Arteaga, Bizkaia). Implicaciones en la caracterización de las primeras etapas de la actividad gráfica en la región Cantábrica, *Kobie Serie Paleoantropología*, 30, 43-62.

Altuna, J. 1976. Estudio zoológico y paleontológico de las especies representadas en Altzerri. In: Altuna, J. & Apellaniz, J. M.: "Las figuras rupestres paleolíticas de la cueva de Altzerri (Guipúzcoa)". *Munibe* 28(1-3), 167-239.

Altuna, J. 1978. Descripción de las figuras de Ekain. In: Altuna, J. & Apellániz, J. M. Ekain. Las figuras rupestres de la cueva de Ekain (Deva). *Munibe* 30, 1-151.

Altuna, J. 1979. La faune des Ongulés du Tardiglaciaire en Pays Basque et dans le reste de la région cantabrique. In: Sonneville-Bordes, D. (Director): "La fin des Temps Glaciaires en Europe. Chronostratigraphie et écologie des cultures du Paléolithique final. 24-28 mai (1977), Talence". *Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique* 271(1), 85-96. París.

Altuna, J. 1990. La caza de herbívoros durante el Paleolítico y Mesolítico del País Vasco. *Munibe (Antropología-Arqueología)* 42, 229-240. San Sebastián.

Altuna, J. 1996. *Ekain und Altzerri bei San Sebastian. Zwei altsteinzeitliche Bilderhöhlen im spanischen Baskenland*. Jan Thorbecke Verlag. Sigmaringen. 1-200.

Altuna, J. 2010. Moluscos marinos de la cueva de Urtiaga (Deba, Gipuzkoa). *Kobie Serie Paleoantropología*, 29: 47-64.

Altuna, J. & Apellániz, J. M. 1976. Las figuras rupestres paleolíticas de la cueva de Altzerri (Guipúzcoa). *Munibe* 28(1-3), 5-242.

Altuna, J. & Mariezkurrena, K. 1985. Bases de subsistencia de los pobladores de Erralla: Macromamíferos. In: Altuna, J.; Baldeón, A. & Mariezkurrena, K.: "Cazadores magdalenienses en Erralla (Cestona, País Vasco)". *Munibe (Antropología-Arqueología)* 37, 87-117.

Altuna, J. & Mariezkurrena, K. 2013. Contour découpé en Ekain (Deba, País Vasco). *Javier Fortera Pérez. Universitatis Ovetensis Magister. Estudios de Homenaje. Ediciones de la Universidad de Oviedo*. 237-245.

Altuna, J. & Mariezkurrena, K. 2013. El yacimiento prehistórico de Anton Koba. Estudio de los macromamíferos (Oñati, Gipuzkoa, País Vasco). *Santuola* 18, 69-48.

Altuna, J., & Mariezkurrena, K. 2016. *Elefantes, rinocerontes y leones. Macromamíferos prehistóricos de Euskal Herria. Una vida compartida con los humanos*. Publicaciones del Gobierno Vasco.

Altuna, J., & Mariezkurrena, K. 2017. *Orígenes y evolución de la domesticación en el País Vasco. Iconografía europea de animales domésticos*. Publicaciones del Gobierno Vasco.

Altuna, J.; Mariezkurrena, K.; Ríos F. & Wesbuer, J. 2012. Contorno recortado de ave en el yacimiento de Ekain (Deva, País Vasco). In: Clottes, J. (dir.) *L'art pléistocène dans le monde / Pleistocene art of the world / Arte pleistoceno en el mundo* Actes du Congrès IFRAO, Tarascon-sur-Ariège, septiembre 2010 – Symposium "Art mobilier pléistocène".

Altuna, J., Mariezkurrena, K., Ríos, J. & San Emeterio, A. 2016. Ocupaciones humanas en Aitzbitarte III (País Vasco) 26.000-13.000 BP. Zona profunda de la cueva. *Colección de Patrimonio Cultural Vasco* 8. 346 pp.

Álvarez Fernández, E. 2007. *Los objetos de adorno-colgantes del Paleolítico Superior y del Mesolítico en la Cornisa Cantábrica y en el Valle del Ebro*. (Tesis doctoral) Ediciones de la Universidad de Salamanca.

Aranzadi, T. de & Barandiaran, J. M. de. 1928. *Exploraciones prehistóricas en Guipúzcoa los años 1924-1927. Cavernas de Errmita (Sasiola), Arbil (Lastur) y Olatzaspí (Asteasu), dolmen de Basagain (Murumendi) y caverna de Irurixo (Vergara)*. San Sebastián.

Aranzadi, T. de & Barandiaran, J. M. de. 1935. *Exploraciones en la caverna de Santimamiñe (Basondo-Cortezubi). Exploraciones en la caverna de Lumentxa (Lequeitio)*. Bilbao.

Arrizabalaga, A. & Altuna, J. 2000. Labeko Koba (País Vasco). Hienas y Humanos en los albores del Paleolítico superior. *Munibe (Antropología-Arqueología)* 52.

Baldeón, A. 1985. Estudio de las industrias lítica y ósea de Erralla. In: Altuna, J., Baldeón, A. & Mariezkurrena, K. 1985. Cazadores Magdalenienses en Erralla (Cestona, País Vasco). *Munibe (Antropología - Arqueología)* 37, 123-185.

Baldeón, A. 1993. El yacimiento de Leztxiki (Gipuzkoa, País Vasco). Los niveles musterienses. *Munibe (Antropología - Arqueología)* 45, 3-97.

Barandiaran, I. 1967. El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. *Monografías Arqueológicas III*. Zaragoza. 443 pp. + 34 lám.

Barandiaran, I. 1971. Hueso con grabados paleolíticos en Torre (Oyarzun, Guipúzcoa). *Munibe* 23, 37-69.

Barandiaran, I. 1972. El arte mueble del Paleolítico Cantábrico. *Monografías arqueológicas XIV*. Zaragoza.

Barandiaran, J. M. 1947. Exploración de la cueva de Urtiaga (Itziar, Guipúzcoa). *Eusko-Ja-kintza*, 113-128, 265-271, 437-456 y 679-696. San Sebastián.

Barandiaran, J. M. 1953. *El Hombre Prehistórico en el País Vasco*. Editorial Ekin. Buenos Aires.

Barandiaran, J. M. 1961. Excavaciones en Aitzbitarte IV (Trabajos de 1960). *Munibe*, 13. 183-285.

Barandiaran, J. M. 1963a. Excavaciones en la caverna de Aitzbitarte IV (Trabajos de 1961). *Munibe*, 15. 23-42.

Barandiaran, J. M. 1963b. Excavaciones en Aitzbitarte IV (Trabajos de 1962). *Munibe*, 15. 69-86.

Barandiaran, J. M. 1964. Excavaciones en la caverna de Aitzbitarte IV (Campaña de 1963). *Munibe*, 16. 12-23.

Barandiaran, J. M. 1965. Excavaciones en la caverna de Aitzbitarte IV (Campaña de 1964). *Munibe*, 17. 21-37.

Barandiaran, J. M. 1977. Excavaciones en Jentilbaratza y Kobalde (Ataun) (Campaña de 1971). *Munibe* 29, 195-212.

Barandiaran, J. M. de & Altuna, J. 1967. Excavación de la cueva de Lezetxiki (Campaña de 1966). *Munibe* 19, 79-106.

Barandiaran, J. M. de & Altuna, J. 1977. Excavaciones en Ekain. (Memoria de las campañas 1969-1975). *Munibe* 29, 3-58.

Basabe, J. M. 1970. Dientes humanos del Paleolítico de Lezetxiki. *Munibe* 22, 113- 124.

Berganza, E. & Ruiz Idarraga, R. 2002. Un colgante decorado Magdaleniense del yacimiento de Santa Catalina (Lekeitio, Bizkaia). *Munibe (Antropología-Arqueología)*, 54, 67-77.

Bosinski, G. 1985. *Der Neandertaler und Seine Zeit*. Rheinisches Landesmuseum Bonn.

Bosinski, G. & Evers, D. 1979. *Jagd im Eiszeitalter*. Rheinland-Verlag. Köln.

González Sainz, C. 1984. Sobre la placa grabada magdaleniense de la cueva de Urtiaga (Guipúzcoa). *Munibe (Antropología y Arqueología)* 36, 11-17.

Kilgore, Ch. & Gonthier, E. 2014. First Discoveries of Cordage Manufacture Using Perforated Batons. Evidence from Upper Palaeolithic Mobiliary and Parietal Art. *L'Anthropologie*, 118, 347-381.

Maluquer de Motes, J. 1965. La estratigrafía del covacho de Berroberria (Urdax, Navarra). *Miscelánea en Homenaje al Abate Breuil. II*. Barcelona.

Mujika, J. 1983. Industria de hueso en la Prehistoria de Guipúzcoa. *Munibe*, 35. 451-631.

Mujika, J. 2000. *La industria ósea del Paleolítico Superior Inicial de Labeko Koba (Arrasate, Basque Country)*. In: Arrizabalaga & Altuna. *Labeko Koba (País Vasco). Hienas y Humanos en los albores del Paleolítico superior*. *Munibe (Antropología -Arkeología)* 52.

Mujika-Alustiza, J. A. 2017. Las industrias líticas y óseas de Praileaitz I (Deba, Gipuzkoa) In: Peñalver, X; San José, S. & Mujika Alustiza, J. A. *Munibe Monographs. Anthropology and Archaeology Series I*, 353-390.

Peñalver, X., San José, S. & Mujika-Alustiza, J. A. 2006. Praileaitz I haitzuloko (Deba) Madeleine aldiko zintzilikarioak. *Bertan* 22, 1-120.

Peñalver, X., San José, S. & Mujika-Alustiza, J. A. 2017. Análisis de la ocupación humana de la cueva de Praileaitz I (Deba, Gipuzkoa): Paleolítico Superior y Epipaleolítico. *Munibe Monographs. Anthropology and Archaeology Series I*, 531-541.

Probst, E. 1999. *Deutschland in der Steinzeit*. Bertelsmann Verlag GmbH, München. 620 pp.

Ríos Núñez, F. 2016. Estudio de la industria ósea de la cueva de Aitzbitarte III (zona del interior). In : Altuna, J., Mariezkurrena, K., Ríos, J. & San Emeterio, A. 2016. Ocupaciones humanas en Aitzbitarte III (País Vasco) 26.000-13.000 BP. Zona profunda de la cueva. *Colección de Patrimonio Cultural Vasco* 8. 187-246.

Saint-Périer, R. de. 1936. La Grotte d'Isturitz. II. Le Magdalénien de la Grande Salle. *Archives de l'Institut de Paléontologie humaine: mémoire* 17.

Saint-Périer, R. et S. 1952. La grotte d'Isturitz: les Solutréens, les Aurignaciens et les Moustériens. *Archives de l'Institut de Paléontologie humaine: mémoire* 25.

Créditos de las fotografías

J. Altuna y K. Mariezkurrena: 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15a, 15b, 16a, 16b, 34, 35, 36, 37, 41, 42, 58, 78, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 156, 169, 170, 171, 175, 177, 178, 180, 181, 183, 187, 188, 189, 191, 192, 194, 195, 201, 202, 212, 223, 224

F. Ríos: 21a, 21b, 22, 23, 24, 26a, 26b, 27a, 27b

J. Vertut: 60, 61, 102, 167, 168

J. Wesbuer (Colección del Centro de Patrimonio del Gobierno Vasco): 17, 18, 19a, 20, 28, 29, 30, 31, 32, 38, 39, 40, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 63, 64, 65, 68, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 172, 203, 205, 207, 210, 213, 215, 217, 219, 222, 225, Vídeos 1, 2, 3, 4.

Internet: 196, 197, 198 (Wikipedia)

“TUYO Y DE TODOS”

Es una publicación del:
CENTRO DE PATRIMONIO CULTURAL VASCO

1. CUEVAS ARTIFICIALES

Espacios de religiosidad en Álava

2. UNA ARQUITECTURA DEFENSIVA

Castillos y Torres Fuertes del País Vasco

3. UNA ARQUITECTURA RELIGIOSA

Castillos y Torres Fuertes del País Vasco

4. LOS OJOS DEL MAR

Atalayas y Señeros del País Vasco

5. EL ARTE RUPESTRE PALEOLÍTICO

EN EL PAÍS VASCO

6. ELEFANTES, RINOCERONTES Y LEONES

MACROMAMÍFEROS PREHISTÓRICOS DE EUSKAL HERRIA
UNA VIDA COMPARTIDA CON LOS HUMANOS

7. ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DE LA DOMESTICACIÓN EN EL PAÍS VASCO

ICONOGRAFÍA EUROPEA DE ANIMALES DOMÉSTICOS

8. HUESO TRABAJADO. ADORNOS Y ARTE MOBILIARIO

EN LA PREHISTORIA PALEOLÍTICA VASCA

EUSKO JAURLARITZA



GOBIERNO VASCO

KULTURA ETA HIZKUNTZA
POLITIKA SAILA

DEPARTAMENTO DE CULTURA
Y POLÍTICA LINGÜÍSTICA

Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia

Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco